





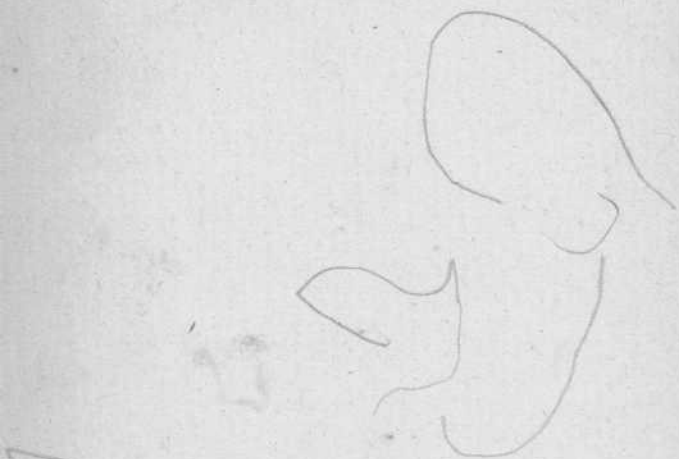






LA DIOSA





250-

RAMÓN A. URBANO.

---

# La Diosa

NOVELA MODERNA



R. 16.642

MADRID

Librería de Fernando Fé

Puerta del Sol, 15

Librería de Gregorio Pueyo

Mesonero Romanos, 10

1910

7

---

Esta obra es propiedad de su  
autor. Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---



AL EXCMO. É ILTMO.

**SR. D. ENRIQUE RAMÍREZ DE SAAVEDRA**  
**DUQUE DE RIVAS**

*Insigne heredero de dos grandezas: una  
que nació del talento y otra que nació de  
la estirpe.*

*Homenage de admiración entusiasta y  
de viva simpatía.*

*EL AUTOR.*





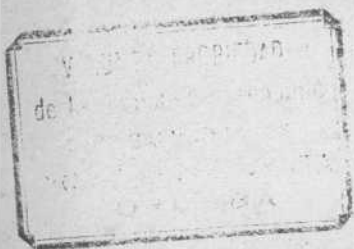
LIBRO PRIMERO

—


EL DOCTOR FAUSTO







I  
E.E.

OR las arterias céntricas bullían los naturales del interior, aderezados, quiénes más, quiénes menos, con sus nuevos trages. Lucían las señoras, (por vez primera, algunas,) vistosos sombreros cargados de plumaje y de flores, amen de vestidos alegres y abigarrados.

Los hombres llevaban no menos flamantes ropas; pero no todos lucían la corbata, que es prenda de las nobles ciudades; y coincidían muchos de ellos en el rasurado del rostro, en el mirar anhelante y en el caminar rudo, que acredi-

taban la rural procedencia de aquellos buenos labradores ingertos en burgueses.

La patente extrañeza retratada en los ojos de tales forasteros; *item* alguna palabreja, soltada por ellos á punto de ingenuidad y de asombro, en alabanza de la hermosura de los edificios, del lujo de las tiendas, y de la alegría del cielo, (que parecía entonces un inmeso toldo de terciopelo azul) probaban que aquellos visitantes de la capital venían de esferas más reducidas, y, acaso, de urbes más reputadas, pero menos populosas.

Los tranvías eléctricos, que aguardaban, formando cola, á los bañistas, delante del hermoso paseo que se extiende próximo á uno de los muelles, deglutían, como si fueran mónstruos, á las gentes que, una vez arrellanadas en los asientos, aguardaban en las entrañas del vehículo la hora de salida, con impaciencia ostensible.

Todos los bancos, así como las plataformas anteriores y posteriores de cada vehículo, se hallaban cubiertos de personas; por lo que, en la trasera de los coches, caía la cartela que mostraba la palabra «completo»; vocablo que parecía desesperante burla para quien llegaba sudoroso y jadeante al estribo, ganoso de ocupar un puesto, por incómodo y pequeño que fuese.

Partían estas *carrozas de todos* (como dicen los italianos) cuando, por los dobles rieles, aparecían los vehículos de regreso; y así los que iban, como los que venían, repicaban sus timbres avisores y aumentaban el estruendo formado por las gentes, por los vendedores que cantaban sus mercancías, por los *simones* y coches particulares que rodaban en direcciones opuestas; y por los ecos de las bandurrias, de las guitarras y de las coplas, con que solían los ciegos poner á contribución la piedad

de los bañistas, en aquel punto de parada en que todos se reunían al ir y al volver de los balnearios.

Entrado había el ardiente Agosto en la segunda mitad de su vida; y como en este país del «mañana» se difiere todo, el gran contingente de bañistas había llegado allí, en las postrimerías de la temporada; de lo que nacía aquella aglomeración de extrañas gentes, que parecían obedecer á la prisa y á la avidéz, únicos impulsos aparentes de aquella gran masa febril, buscadora de los refrigerios de Neptuno.

Peralba, no obstante haber nacido en la capital y ser, para él, acostumbrada aquella vitalidad, gala de los veranos, complacíase mucho en observar, cuando llegaban aquellas temporadas, el auge de la localidad, la alegría de sus calles y la animación loca que se concentraba en el camino de los establecimientos de baños, contruidos al borde

de las olas, en plena playa, y semejantes á barcos grandes que hubiesen varado con vías de agua en aquellas rampas arenosas que entran en el mar.

Peralba, en sus treinta años, había asistido, en clase de observador consciente, á muchas de estas temporadas; mas de las anteriores, no podía recordar sino que había sido actor del sainete, cuando, de la mano de su buen padre, fuera á chapuzar el cuerpo en el Mediterráneo, para combatir al enemigo escrofuloso que le andaba minando la salud.

Y se divertía el joven Peralba, *llevando la izquierda* por la calle central; puesto que, por aquella acera, topaba con cuantas personas regresaban de los baños, *llevando la derecha*.

Así podía recrear la vista, y recreábala en efecto, en las reales mozas que vienen de la ríscosa Maturana; en las eloróticas señoritas, modelos de esbeltez, que proceden de Alcaicil; en las

hermosas hembras, de aspecto agareno, que nacen en Fontible; en todas aquellas mujeres que al mar acuden, «más por salarlo que por tomar sus sales;» como dijo un poeta local, que ya no canta.

Divertíale á Peralba, el pulido y gallardo aspecto de las personas que llevaban porte distinguido, junto al continente franco y natural de los bañistas que mostraban el pelo de la dehesa. Escuchaba gustoso la charla atildada de los que, procediendo de zonas en que el acento castellano se habla con cierto purismo, no disfrazaban las letras de las palabras ni cambiaban su típica fisonomía, cual aconteciera con los habitantes de otras comarcas inmediatas al Sur, donde se escribe muy bien, pero donde se habla muy mal: y en esta observación, en este mental recuento, ocupaba el humanista las horas de la mañana, luciendo su *jipi*, gozando de la brisa marítima y recreando los ojos.

Algunas veces, asaltaba Peralba, también, uno de los tranvías eléctricos, y llegaba á las playas, donde no hay casetas, como en el Norte: donde grandísimas y elegantes barracas, con sus departamentos generales para caballeros y señoras; cuartos reservados para familias y piezas destinadas á los baños templados, ofrecían sombra y comodidad á los varones y sombra y recato á las hembras. Peralba entendía, que esta forma de balneario era más agradable y, sobre todo, más decente, que la otra forma puesta en vigor en las playas donostiaras y francesas.

Uno de estos días—que no dicen las crónicas si fué el veinticinco ó el veintiseis de Agosto,—llegó Peralba á la orilla del mar, penetró en el balneario, y, luego que recorrió sus dependencias y paseó la vista por los grupos de bañistas que aguardaban la vez, ora sentados en el ambigú, ó bien asomados á la tol-

dilla, desanduvo lo andado y dirigióse á la playa, sobre cuyas arenas empezó á caminar con algún trabajo; por la poca costumbre que tenía de salir de los pavimentos duros y regulares de la ciudad.

A poco, se sentó Peralba en el suelo, no sin extender, antes, el precioso pañuelo de seda, que se desbordaba por el bolsillo de su cazadora modernista.

Allí, con el amplio sombrero *Panamá* echado hacia la frente, y á la sombra de una barca, que yacía sobre el blando arenal, pasó largo rato Peralba, observando el vuelo de las gaviotas, que solían bañar su plumaje en la superficie de las aguas, rizadas por el ligero viento sudeste.

En aquellos momentos, sentíase poeta el joven doctor; pero no podía describir sus emociones en metro alguno; porque, al intentarlo, veía, con desabrimiento, que las locuciones suyas no se



prestaban á medida; ya que, cuando se proponía formar endecasílabos, salíale de doce ó de diez sílabas el renglón; «y eso—pensaba—que el endecasílabo es la extensión de palabras más adecuada á nuestro modo de construir oraciones gramaticales; porque los españoles, puede decirse que hablamos en endecasílabos.»

Convencido, una vez más, de que Apolo no le quería para su ejército de soñadores, no obstante su cultura de humanista consumado, se levantó de la arena y fué con su acostumbrado andar parsimonioso. Mas apenas llegó al pié de la pasarela, por debajo de cuyo arco suele atravesar el ferrocarril de via estrecha, que aturde á los bañistas con su silbido y con su estruendo de irritado gigante, vió un papel en el suelo y se inclinó para echarle mano. Era una carta, algo extensa; escrita en un pliego de papel comercial; y la letra de

la misiva parecía de mujer. Fué lo primero que hizo Peralba, mirar á diestra y siniestra, poniendo el papel en alto, por si alguien lo buscaba; mas nadie se acercó á reclamar el documento; lo cual probaba, que su dueño no se hallaba cerca.

Entró nuestro joven doctor en el tranvía, mostrando el pliego en la mano, por si alguno de los viajeros, apercibido de él, demandaba su devolución; mas tampoco, entonces, se dió por entendida ninguna persona; con cuya prueba bastóle á Peralba, para que la propia voluntad le declarase legítimo poseedor del papel. Y en el mismo coche, mientras éste se deslizaba rápido sobre sus vias de hierro, leyó Peralba el pliego abandonado, que excitó sobremanera su curiosidad.

## II



ESTABA fechada la carta, en Maturana; en el primer día del mes de Agosto, que aún corría por los caminos del tiempo. ¡Maturana! Recordaba, el buen Peralba, que Maturana era un pueblo de la provincia limítrofe, cuya situación topográfica conocía perfectamente. Maturana era una ciudad, cabeza de partido, célebre por sus salutíferos aires. Su origen era fenicio, si no recordaba mal; y aún conservaba restos de edificaciones romanas, y vestigios árabes, tales como su castillo.

La situación de Maturana, había merecido grandes elogios de los geógrafos; pues tal era la altura de aquel pueblo, sobre el nivel del mar, que, á buen seguro, no existía en toda la península población más elevada. Dominábanse, desde sus azoteas, ámplios contornos; y por la parte Este, divisábase muy lejano el mar, esfumado de tal suerte, que más parecía una gasa. *Plinio* había llamado á Maturana, "la ciudad de la fruta siempre en sazón".

Recordando estos detalles, que él había logrado adquirir, no sabía por qué ni cuándo, difirió un tanto la lectura de la carta; pero, al cabo, volvió los ojos á aquellos renglones y enteróse de lo que literalmente decían.

«Querido sobrino Pepe: he recibido tus dos cartas; y no te he contestado antes de ahora, porque he sufrido una indisposición gástrica que me ha tenido, durante varios días, sin gusto para maldita la cosa.

Tu retrato me ha gustado mucho, y te agradezco su envío, así como la dedicatoria que en él has estampado. ¡Ay, amado Pepito: á medida que creces, vas adquiriendo el mismo aspecto de tu buen padre, mi inolvidable hermano, que santa gloria haya! Eres tan guapo como aquel pobrecito mio. Excuso decirte, que tu *vera efigie* ha corrido toda Maturana; y que las personas que conocían á tu padre, dicen lo mismo que yo: que eres otro José Bellido *pintiparado*.

¡Cuánto deseos tengo de verte! Pero esto no es posible, en lo que respecta á mí, porque mi gota va cada día peor y no me deja salir de estos terrones; y en lo que á tí toca, ya sé que no puedes abandonar tus asuntos aunque quieras. Ya pronto se cumplirán seis años, desde que estuviste aquí. ¡Cómo vuela el tiempo!

Mira, hijo mio: te voy á encomendar un encargo, que, de seguro, te agrada-

rá; y, al propio tiempo, voy á hacerte una recomendación, que tiende á asegurar tu porvenir, por el cual me intereso tanto.

El encargo consiste, en que te periones en el Hotel Andalucía, á punto que recibas esta carta; y que te pongas á disposición de doña Nieves de Torres, que ha ido á esa capital á tomar baños, acompañada de su madre, la viuda de Cefe Torres (como aquí le decíamos á Ceferino.) Cuando estuviste en Maturationa, ha seis años, se hallaba toda esta familia en Marmolejo; pero seguramente oirías hablar de ella: sobre todo de Nieves, á quien, por su interesante figura, llaman aquí nada menos que *la diosa*.

Aspiro á que te ofrezcas á la madre y á la hija; deseo que seas el *cicerone* de ambas señoras, en esa renombrada capital de las mujeres bellas, donde, seguramente, no habrá muchas que le lleguen á Nieves á un tacón del zapato; y

te encargo, en fin, que orientes á mis amigas en cuanto necesiten durante su breve estancia en esa tierra.

Ahora viene la recomendación. Hijo mio: la tal Nieves de Torres es una *diosa* de carácter rarísimo; pero tan buena, tan hermosa y tan rica, que, á mi juicio, no hay en el mundo mejor partido para un hombre.

Los *bárbaros* de aquí la han perseguido, no poco, con sus amores; pero Nieves los ha rechazado, porque no podía engranar con estos señoritingos pretensiosos, que pretendían amarla así como por conveniencia ó pasatiempo. ¿Quieres creer lo que estos animales dicen, á voz en cuello, con relación á Nieves? "que es demasiado bella para mujer propia". Este dicho, que tiene, á no dudar, una intención injuriosa, se ha hecho proverbial en Maturana; y los jóvenes de suposición, de aquí, que no pasan de media docena, han dado en

desviarse de Nieves, "porque es demasiado hermosa".

No ha faltado, sin embargo, quien, despreciando el veto, se haya aproximado al amor de *la diosa*; pero ésta se ha formado el propósito de quedarse soltera en su olimpo, y morir con la palma simbólica, antes que tomar estado con un maturanense; de lo cual saco yo en consecuencia, que, como su alma de mujer ha de concebir ilusiones de una vida menos solitaria y estéril que la que sufre, debe de llevar, cuando realiza sus excursiones, algún original propósito *de pesca*, además del móvil sanitario que la empuja á baños y aguas medicinales. Aquí resumen esta sospecha mia, que es la sopecha de todos los maturanenses, con esta frase atrevida y cruel: "que la diosa, sale á buscar su dios". Pero yo creo, ahora, que los del pueblo y yo estamos equivocados; pues si Nieves tuviese tal propósito, se hubiera salido con él, facilísimamente.



Y ahora es, en verdad, cuando viene mi recomendación: pues creyendo yo, querido sobrino, que Nieves es mujer *pintiparada* para tí, y que te conviene por sus tres gracias, que son: belleza, bondad y fortuna, no puedo dejar de inclinarte á que te fijes en mi jóven y estimada amiga; teniendo la seguridad de que Nieves te ha de encontrar muy superior á los pollos tísicos de este pueblo; y que, dadas las nobles prendas de carácter que reunes, has de hacerla tuya como por encanto; con lo cual tendría yo la satisfacción de haber labrado tu felicidad y la de.....»

«La de...» Con estas dos palabras monosílabas, concluía la cuarta carilla del pliego; lo que probaba que la carta seguía, si bien el papel, donde la continuación debía de consignarse, no había llegado á manos de Peralba.

¡Quién sería esta diosa semipagana, que, por el exceso de su hermosura, no engranaba con sus coterráneos!

Damas de singular belleza, había visto Peralba en los baños y en las calles, durante aquellos días: mas no recordaba que fuese, ninguna, de aspecto físico excepcional.

Valía la pena, sin embargo, de vigilar la puerta del Hotel Andalucía, que se hallaba en la calle Central, frente á un café cuyas mesas, sillas y macetones de *boje* invadían la acera: desde tal café podría atisbar las entradas y salidas de aquella maturanense, tan hiperbólicamente elogiada por la señora tia anónima de un Pepito... que debía de apellidarse Bellido, como su padre. ¿José Bellido?... No le conocía Peralba: pero indagaría, por pueril curiosidad, dónde se situaban su industria y su domicilio.

Sobre todo, habría de emplear un cuidado vigilante en hallar á *la diosa*; pues el espectáculo de una mujer bella, merece busca diligente y persecución asídua. Mas .. ¿quién decía que, apercebido

él ya de la estancia de Nieves en aquel centro de población, no la pudiese hallar *in continenti*, sin tener que realizar grandes esfuerzos? Acaso venía con él la hermosa: en el mismo carruaje que se deslizaba por la orilla del mar.

Obedientes á este pensamiento, afanáronse los ojos por buscar en el interior del vehículo aquella faz hermosa, que el doctor se imaginaba blanca, como el nombre de Nieves; de mejillas carmíneas, como era típico en las hijas de Maturana; y de ojos anhelantes, como buscadores de un alma gemela á la que, en aquellos mismos ojos, debía de tener duplicado y fiel espejo.

Pero en el vehículo, atiborrado de personas diferentes, no había mujeres de deíficos rostros; sino burguesitas entecas; menestralas rechonchas; sacerdotes que, habiendo dejado los trajes talarés en el lugar de sus capellanías, usaban ropas de seglar y se hacían la ilu-

sión de que pasaban por entes mundanos: oficiales del ejército, con trajes de color *caquis*, á lo transvaalenses; criadas, con lios de bañadores sobre las faldas, y niños escrofulosos, á quienes sus madres acababan de zambullir en el mar. Una pizca de impaciencia comenzaba á caer en el espíritu de Fausto; de nuestro Fausto, en quien se ofrecía el contraste de un exterior tranquilo y de una estructura psicológica, susceptible á toda clase de emociones.

Detúvose el tranvía en el borde del gran paseo, donde tenía su estación, y descendió al suelo Peralba, el bermejo Peralba, cuyos bigotes y cabello de color de ocre rojo, daban singular aspecto á su fisonomía.


En la amplia acera, donde tragan y deponen parroquianos los establecimientos de bebidas, y los divanes constantemente visitados por bañistas y marinos, estuvo de pié gran lapso de tiem-

---

po observando la llegada de otros tranvías, y el ir y venir de otras gentes; pero, aunque vió caras hechiceras y cuerpos esculturales de mujer, no halló el ser excepcional que la carta perdida le había pintado; de lo que empezó á deducir, que, acaso, lo escrito mintiera, con mentira halagadora.



### III

UÉSE á su casa, á las once; hora en que el agradable viento sudeste convirtóse en norte caliginoso. Ya le aguardaban en su despacho los ocho ó diez jóvenes, á quienes Fausto repartía su ciencia, fuera de la cátedra, preparándoles para que, en los consoladores exámenes de Septiembre, pudieran tomar revancha de los descalabros sufridos en Junio.

Peralba no le tenía amor á su ocupación docente; y cuando hablaba de su posición oficial, decía que él era cate-

drático de preceptiva literaria, por oposición.... de su instinto.

Asistía al aula, durante el curso oficial, con regularidad matemática; pero explicaba su asignatura, con frialdad: como el obrero que empuña el martillo ó el escoplo; sin comprometer en la operación ni la inteligencia ni el cuidado. «Los catedráticos de España—decía—somos unos subalternos del Ministerio de Instrucción Pública, que acudimos á *la oficina* deseando que llegue pronto *la hora*.»

Era lo que más desalentaba á don Fausto, la estultez característica de la juventud, sometida á las enseñanzas científico-literarias del Estado. Así como los profesores enseñaban por tradicionales procedimientos, así los alumnos acudían por tradicional rutina á las aulas, sin llevar hambre de saber, sino deseos de llenar los requisitos indispensables á los grados.



«Preguntadles á cualesquiera de mis *sobresalientes*, después que *despachen* de sus estudios,—decía, Peralba—lo que son el exámetro ó el grande *asclepiadeo*; y vereis cuántas barbaridades contestan, si contestan algo.»

Peralba, pues, estaba persuadido de la esterilidad de sus funciones culturales; y si recibía en su casa alumnos á *preparar*, hacíalo, únicamente, por sacar fruto de las vacaciones, con algo que reforzara honradamente su peculio.

Durante la sesión en que explicó á sus alumnos privados, aquel día, la asignatura, no dejó de pensar Peralba en *la diosa*, y en la carta que se la había presentado; sobre lo cual laboró mucho la curiosidad, que no es solo revoltosa en las hembras; sino que tambien suele manifestarse explosiva en los varones; pero los buenos discípulos no advirtieron, detrás de la impenetrable carátula con que velaba el catedrático todos sus

estados internos, la distracción á que estaban entregadas las ideas de aquél; y era que entonces, como siempre, lo rutinario marchaba con su impulso inconsciente, mientras lo escepcional consciente monopolizaba el dinamismo del sér psicológico.

Raras veces produce una carta tan grande curiosidad en un temperamento calmoso y frívolo; lo que demuestra que el rubicundo catedrático tenía aspecto de indiferencia, y fondo sensible á toda impresión; como si, á veces, no correspondiera el continente al contenido.

Cuando terminó su cátedra privada y tomó el almuerzo, que, como siempre, se deslizó tranquilo y en silencio, pues á la buena viuda de Peralba no le gustaba el barullo, salió de su casa el catedrático y fué al casino, cuyo patio entoldado proporcionaba una temperatura fresca y agradable. Allí departió Peralba con sus buenos contertulios; tomó

café, y preguntó por Bellido: por el sobrino de la tía anónima.

Uno de los camaradas cayó en quién era Bellido: un joven cursi, oficial quinto de la Administración de Hacienda: *el de las corbatas*.

—¿Cómo el de las corbatas?—preguntó Fausto.

—Un caballerito con la cabeza gorda; que cambia mucho de corbatas y lleva zapatos de lona, enjalbegados.

Peralba no recordaba haber visto nunca á tal sujeto.

—Y ¡já qué hermosísima mujer iba acompañando el otro día!...—exclamó el mismo contertulio que había descrito la caricatura de Bellido.

—¿Nieves?.....—preguntó Peralba.—  
¿Una joven hermosa?... ¿Una mujer admirable?

—¿La conoce usted, Peralba?

Por el pronto, no supo qué palabras contestar el interpelado.

—Como conocerla..., nó; pero creo que se llama Nieves; que es de Maturana.... y que es riquísima.... y.... hemosísima... y...

—¡Es *lo mejor* que ha venido este año! Yo no sé cómo usted, que todo lo atisba, no ha visto portento semejante.

—¡Pero, señor! ¿Tanta es su hermosura?

Otros dos amigos, presentes á la conversación, ratificaron los elogios: ellos habían visto á aquella joven de que se hablaba, y aseguraban no haber encontrado criatura más completa, por la estatura, las carnes, la gracia del rostro, la pequeñez de la boca, *la caída de ojos*—que decía picarescamente uno de los interlocutores—y, en fin, por todo el conjunto de aquella Venus con *canotier*.

«¡No haberla yo visto!..»—pensaba, un tanto contrariado, Peralba. Y pensó, también, que en la tarde aquella, en el Parque, podría admirarla tal vez; pues

acaso acudiría al paseo, como era peculiar en los bañistas.

En aquella tarde, y en el día siguiente, hizo Peralba una verdadera peregrinación por paseos y balnearios, sin que lograra echar la vista encima á la diosa maturanense.

Dedicó algunas horas á vigilar la puerta del Hotel Andalucía, situándose en el café de enfrente; pero no se logró con su gusto; pues ni entró ni salió mujer alguna que mereciese los dictados con que la carta y los amigos distinguían á Nieves de Torres.

Cerca de noche abandonó Peralba el café; y, al salir, vió que de la fonda salía también Olivera, el secretario del hotel; persona á quien Peralba conocía mucho, por haberle confiado aquél la enseñanza de su hijo; que era, por cierto, un *tarugo*, como los demás estudiantes.

—Amigo Olivera;—dijo el catedrático, esforzando un poco la voz.

Acercósele el secretario, y púsose á disposición de Peralba.

—Dispense usted, amigo: voy á hacerle una pregunta.

—Con mucho gusto, don Fausto.

—Diga usted: en su fonda está parando una señorita de Maturana, con su madre ¿no es cierto?

—¡Ah, doña Nieves!..

—Justo: doña Nieves.

—Una real moza; ¡lo más hermoso que se vé en *cuestión* de mujeres!

—¡Demonio! ¿Y á qué hora sale á la calle esa bendición de Dios?

—Como salir, ya no sale á ninguna.

—¿Se ha ido acaso?

—Sí, señor; anteayer se fué á Maturana esa perdición de los hombres.

—Pero... ¿tan guapa es?

—¡Cómo!... ¿Usted no la conoce?

—No.

—Pues... con decirle á usted que traía el hotel revuelto, y que no era po-

sible mirarla con calma..., se lo digo á usted todo. ¿Pero si usted no la conoce, por qué me pregunta?

—¡Qué se yo!... por curiosidad; por... porque tenía deseos de ver ese modelo de belleza, que tanto alaban unos y otros.

—¡Ya lo creo! ¡Como que tengo la seguridad de que usted, tan morigerado, tan..., así, tan tranquilo como es usted, se *chiflaba* en cuanto la viera.

—¡Demonio!

—Mire usted, don Fausto: Nieves, merece un viaje. ¡Vaya un palmito!

—Ea; pues abur, señor Olivera. Recuerdos al niño.

—Gracias: y ya sé que usted hará por él lo que pueda en el grado. En Septiembre va á dar el golpe. Por libre: ¡él, por libre!...

—Vaya usted con Dios.

Cada uno se fué por un lado; y el doctor Peralba se llevó dentro del santua-

rio de las palabras inauditas, las siguientes, que estuvo á punto de soltar: «¡cuidado que es bruto su hijo de usted!»



#### IV



OMBRE! ¡Qué diantre! No había preguntado Peralba, al secretario del hotel, si visitó muchas veces Pepe Bellido á *la diosa*, y si ésta dejóse *hacer el amor* por el joven visitante; pero, bien mirado, á él no le importaba aquello un ardite. ¡Cuidado que tenía exigencias su pícara curiosidad!

Como visto: el oficial quinto de Hacienda habría aprovechado la ocasión; pero si era tan pequeñín; si tenía la cabeza tan gorda y usaba calzado de tela, no habría querido admitirle la joven de Maturana

¡Quién sabe! A veces, esas mujeres que gastan la primera juventud en desechar novios, se agarran de cualquiera, creyendo que se les va á pasar el momento propicio; y si Bellido era persona de seso y pensaba en el porvenir, á buen seguro que debía de haber seguido las indicaciones de su tia, poniendo asedio á la deidad.

Los empleados del alumbrado público empezaron á encender las hermosas farolas de la calle Central, por donde el bullicio era incesante á tales horas. La animación, la brisa fresca y la excelente luz, convidaban á dar paseos por aquella vía: lo cual hizo, que Peralba la recorriera unas cuantas veces, y que en una de sus vueltas, hallase otra vez al señor Olivera, que regresaba al hotel.

—Adios, don Fausto.

—Venga usted acá, señor Olivera.  
¿Ya vuelve usted?

—Sí, señor; vuelvo, como el perro: á mi casilla y á mi cadena.

—¡Felices lós perros que viven cerca de tan hermosas mujeres!... Y... dígame usted, Olivera: ¿iba mucho á visitar á Nieves, y á su madre, un joven empleado de la Delegación?

—¡Ah! Sí. Un señor Bellido; tipo raquítico, y tan alto como una cebolla.

—¿Con zapatos de lona?

—¡Hombre; no me he fijado!...

—La haría el amor.

—¡Por supuesto!...

—¡Y ella!...

—¡Uf! Ella ha traído con él la guasa del siglo. ¡Debe de ser una niña de cuidado!... ¡Se reía del tal Bellido, á ojos vista!...

— ¡A ojos vista! ..

—Y él... ¡como si fuese con su abuela! ¡Qué tipo! Le advierto á usted que *el tal*, es una gran cabeza.

—Sí, ya sé; — contestó Peralba; y hubiese añadido, de buena gana: «como su hijo de usted.»

—¡Ella es... la gloria; y su madre, una señora bondadosísima!

—¿Y no recibían otras visitas?

—La del dean.

—¿El dean don Gaspar Arenas? ¡Ah! Grande amigo mio. ¿Las conocía?

—Debe de ser antiguo amigo de la casa

—Ya.

—Pero ..—dijo, sonriendo, Olivera; — vamos á ver, don Fausto: ¿usted *qué se trae* con doña Nieves?

—¿Yo?... ¡Nada! ¡Nada!... ¡Si no la conozco!... ¡Le aseguro á usted que nada! —insistió Peralba, poniéndose la mano derecha sobre el pecho.

Entonces se encojió de hombros Olivera y exclamó:

—Pues usted allá, Y hasta la vista, don Fausto.

—Hasta la vista; y muchas gracias.

Se estrecharon las manos y separáronse.

«Verdaderamente—quedóse cavilando Peralba —no sé qué finalidad persigo yo con preguntar esto y lo de más allá. ¡A mí qué me importa! ¿Se fué Nieves? Bueno; pues se acabó el cuento. ¡Y nada más!»

Se encaminó á su casa; púsose en mangas de camisón; comió, con los balcones de par en par, y luego se tumbó en una butaca de rejillas, que tenía inclinación casi horizontal por el respaldo.

La viuda de Peralba se sentó enfrente de su hijo, empuñando un *pericón* que producía gran cantidad de aire; y, ambos, callados y tranquilos, pasaron la velada junto al balcón, con la estancia á oscuras.

Unos cuantos grillos, concertados sin batuta, cantaban la misma romanza, que resultaba coro unísono.

Arreciaba el calor.

El nombre de la forastera incógnita,

era altamente simpático en medio de aquella temperatura caliginosa.

¡Nieves!...



Quiso el doctor Peralba desechar de su imaginación cuanto se refería á la pueril historia de Nieves de Torres. En rigor, una forastera hermosa y rica, á quien no se conoce, ¿qué preocupación debe producir en un cerebro equilibrado?

Mas veía Peralba, que los elogios prodigados verbalmente y por escrito á la desconocida maturanense, habían obrado en él con virtud sugestiva: pues cuando se afanaba por echar al rincón del olvido aquel sencillo suceso de la

carta, parecía como si la imaginación tuviese empeño en reproducirlo y en rodearlo de incentivos para el deseo.

Pasaron algunos días; y, por azar, conoció Peralba á Pepe Bellido, que era, rigurosamente, como sus amigos lo habían pintado; de lo cual sacaba Fausto la consecuencia, de que también Nieves de Torres debía de ser exacto modelo de la pintura con que la hubieron de retratar á sus ojos.

«Bueno: ¿y qué?»—Volvía á preguntarse Peralba, á sí mismo. «Que sea hermosa, á más no poder, la diosa de Matu-rana; que tenga una fortuna envidiable; que desprecie partidos y viaje buscando su media naranja ¿son cosas, éstas, que á mí me atañen?»

Cualquiera diría que Peralba no tenía otro asunto en que pensar, cuando estaban *encima* los exámenes, que tentaban por extremo su paciencia. ¡Estar sentado horas y horas en el tribunal,

para oír desbarrar á unos y á otros; y ver, luego, el gesto de vinagre de los papás, cuyos hijos salen reprobados! ¡Qué pícaro oficio el de dómíne!

Lo temido llegó: los exámenes septembrinos se realizaron; dió comienzo el curso, en cuya sesión de apertura leyó el doctor Peralba una disertación, de temas éticos, en que hablaba, especulativamente, *de lo desconocido que atrae*; y se deslizaron los meses, sin que en el pensamiento de Fausto envejeciera el recuerdo de la carta perdida, y el de la decantada hermosura de la bañista maturanense.

Los románticos, que inventan, á veces, la razón de su melancolía, más motivadamente tienen causa para perder el sentido, por un hecho asimilable de la realidad; y, aunque Peralba no se hubiese atrevido á declararlo, por simple temor á las burlas del mundo, ello era que sentía una afición incurable hacia la des-



conocida Nieves; un afán, que él no sabía discernir si era sutil curiosidad, ó amor espontáneo á *priori*.

Hay hombres que buscan las cosas humanas por caminos originales, en desprecio de toda rutina; y lo que lamentan es, que en el nacer y en el morir haya necesidad imprescindible de ser iguales que los demás. Era Peralba, de estos hombres. ¿Qué, mucho, pués, que se sintiese halagado, pensando con afán en una mujer nunca vista, y acariciando la idea de vencer, algún día, la tenaz virginidad de su corazón?







os hados, conspiran.

Id vosotros, y, á un pagano, de los que se estilan ahora, decidle que todos los acaecimientos no son la resultante de la confabulación de esos poderes ocultos! El determinismo, que siendo superstición pretende ser ciencia, se ha puesto de moda y hace de las suyas. «Todo sucede, porque tiene que suceder;» lo cual significa, una ampliación del sintético «estaba escrito», de los musulmanes.

Hemos dicho que los hados conspiran, porque, apenas llegó el mes de los

exámenes, recibió Fausto Peralba la visita del deán de la santa iglesia catedral, D. Gaspar Arenas. Iba el muy ilustre prebendado, á recomendar al catedrático la *salvación* de cierto alumno «que había estado enfermo durante el curso, y no había podido — ¡infeliz! — estudiar las asignaturas con el aprovechamiento que hubiera sido de desear.»

En cuanto vió entrar Peralba, en su propia casa, al deán, vínosele á las mientes, por una asociación de ideas, el nombre de Nieves de Torres.

—Descuide usted, D. Gaspar; se hará por el chico lo que se pueda. Es un hijo de Burgos, el cerero, ¿verdad?... Pues bien; ese muchacho solo estuvo enfermo cuatro ó cinco días, con el trancazo; pero no estudia: es un holgazán. Y, además, y sea dicho con la más absoluta reserva: el tal Burguitos, es un animal de bellotas.

—Verá usted, don Fausto...

—¡No, no; le ganan otros! Los escolares de hoy son muy arrimados á la cola: ¡así salen luego esos abogados, esos médicos!...

—La pobre madre del chico, se moriría de pena si sacara calabazas....

—¡Pobre señora!... Ya veremos. Pero es preciso que el muchacho conteste algo; que sepa algo ..

—¡Usted hace lo que quiere en aquella casa!

—¿En la del chico?...

—No; en el Instituto.

—¡Qué he de hacer yo!... ¡Pues si mis compañeros son *de caballería*! ¡Bueno está el cláustro! Hay dos partidos: el del director actual, y el del otro catedrático que pretendía la dirección, y á quien no se la dieron.

—Entonces...

—Hay que echarse en brazos de la suerte. Según *pinte* el día.

—Gracias, Peralba.

—Y... hablando de otra cosa: dígame usted, don Gaspar, qué familia es esa que usted visitó, este verano, en el Hotel Andalucía.

—¡Ah!... ¿La buena Paca y su hija Nieves? ¡Excelente familia!... ¡Como yo fui cura propio en Maturana!... ¡Pobre Torres!... Era gran amigo mio.

—Dicen que Nieves es una criatura excepcional.

—¡Oh!... Físicamente, una pintura; moralmente, un angel. Mire usted: Nievesitas no tiene precio. Y luego... ¡muy rica!...

—¿Y por qué vive en ese pueblo?

—¡Psch! Cuando se aburre, viaja. ¡Pero qué chica!... ¡Su conversación, llena de sal ática, vale tanto como la mirada de sus ojos, que es inteligente y profunda! ¡Y luego, aquel continente! Tiene, tipo real: anda majestuosamente. ¡Yo quiero mucho á Nievesitas! La he visto de esta altura.

—No la conozco; pero me han dicho...

—Todo es pálido, amigo mío.

Diciendo estas palabras, se levantó el deán; echóse sobre los hombros el manto, que se le había caído hacia atrás, y dió la mano á Peralba.

—Vaya usted con Dios, señor deán. Y descuide, que haré cuanto esté en mi mano por Burguitos.

—Dios se lo premiará.

—Hasta la vista.

—Recuerdos á su mamá.

—Los apreciará mucho.

—Pero ¡no salga usted á la escalera!... No me llevo nada. Quédese con Dios.

—Abur.

El deán bajó algunos escalones; y en el primer descanso volvió la cabeza, y dió á Peralba la última despedida.

—Retírese; adiós.

—Adiós.

Y entró Peralba en su casa, murmurando: ¡qué aficionadas son las gentes

á los tópicos canallescos! «¡No me llevo nada!...» ¡Qué chistoso!... ¡Y personas que parecen ilustradas!...



Algunos dias después, entró en exámen Burguitos y ganó sus asignaturas.

Peralba fué todo un héroe, en aquellos días; pues, por no caer en falta, se sobrepuso á una fiebrequita que le tenía enfermo, hacía dos semanas, y asistió á los actos académicos con verdadera abnegación; haciéndose acreedor á una recompensa, por el salvamento de examinandos náufragos que realizaba.

«Si se les deja para más adelante no han de saber más!» —decía Peralba.





Por las tardes acometía la fiebre, que era paludismo, al joven catedrático. Empezábale la calentura, con un frío intenso; y Peralba, entonces, arrojábase á la cama, con gran disgusto de su madre, que estaba ya harta de aquel alarmante estado febril.

El paciente cerraba los ojos, después de engullir un disco repleto de sulfato de quinina, y dábase á pensar en doscientas mil cosas, por no perder el tiempo.

Reproducía, en el espejo de su imaginación, la última visita del deán. «Nieves es una pintura por fuera; por dentro un angel.» Entonces ¿qué querían los maturanenses, que estaban en estado de merecer?

«El padre de Nieves, dejó á su hija algunos millones.» Así: millones. ¡Y en estos tiempos!...

«La conversación de Nieves, es sugestiva; llena de sal ática.» Esto de la sal ática parecíale á Peralba un tópico tan vulgar como el otro, empleado también por el canónigo: «no me llevo nada; no me acompañe usted.» Pero el concepto, si era rebuscado, no había duda que rebosaba admiración. ¿Qué más puede decir un sacerdote, en elogio de una mujer guapa? ¡Bastante era lo dicho!

Aquella tarde, llegó el médico y entregó á Peralba un breve termómetro, para que se lo colocara en la región axilar ó en la inguinal: *á gusto del consumidor*;--como decía aquel Galeno vivarachito y de habla chulesca.—¡Hola! Aquella vez había subido la fiebre más que otros días.

—Nada, don Fausto; está visto; en el diagnóstico no hay error: paludismo. Es-

tas *picaronas* son endémicas aquí. Cuando se le cuelga á uno este regalito, no hay más remedio que tomar el portante y largarse.

«¡Qué científico es el lenguaje de nuestros médicos!» —pensó el doliente.

Y agregó el licenciado, dirigiéndose á la viuda de Peralba, que estaba presente y que hacía lo posible por contener sus *pucheros*.

—Nada, señora; á don Fausto hay que mandarlo unos días fuera. ¿Cuándo concluyen los exámenes?

—Mañana.

—Pues pasado mañana, ¡largo!; á Fontible ó á Armida.

—Y... ¿y Maturana de la Sierra, qué le parece á usted?—preguntó tímidamente Peralba.

—Superior. Pero lo malo es la diligencia. Desde Fontible á Maturana, seis horas en un carromato.

—Pero la situación topográfica de Maturana...

—Sí, hombre; una delicia: aires puros. Con quince días, ¡fuera calenturas! Nada: á Maturana.



Al día siguiente levantóse del lecho, más animoso y diciendo á su madre:

—Tengo la seguridad de que allí me habré de poner bien. Estas capitales son insalubres.

Encaminóse luego al Instituto, y cuando volvió á su casa, en busca del almuerzo, declaró Peralba un oportuno pensamiento que habia concebido.

—Voy á ver al deán, á fin de que me dé algunas visitas para Maturana. Fué cura propio...

—Sí, hijo mío; me parece excelente tu idea.

## VI



EL deán, que estaba muy satisfecho del éxito de Burguitos, extendió una carta de recomendación, dirigida á sus amigas la viuda de Torres y su hija, en cuya epístola hizo calurosos elogios de Peralba.

He aquí el importante documento, al cual daba principio una pequeña cruz.

«Señora doña Francisca de Robles, viuda de Torres, y señorita doña Nieves de Torres. Mis buenas amigas: deseo que gocen ustedes de salud inmejorable, y hago votos al sagrado Corazón de Jesús por ello.

Esta carta se dirige, á presentarles á mi buen amigo don Fausto Peralba, inteligente catedrático de este Instituto, que vá á *esa*, algo quebrantado de salud, buscando mejoría en los aires purísimos de ese edén, bendecido por Dios nuestro Señor.

Se trata de persona, con respecto á la cual huelgan todas las recomendaciones; pues su talento y su caballerosidad se ponen de manifiesto tan pronto, que no necesitan, á la verdad, quien sobre tales prendas llame la atención de las personas.

Lleva el señor Peralba el encargo de saludar á ustedes en mi nombre, y el de rogarles que, como en el año pasado, no dejen de favorecernos en el presente con su visita á esta capital.

Nada más tengo que añadir, pues conozco la amabilidad de ustedes y estoy seguro de que dispensarán á mi recomendado las atenciones que en esa casa son proverbiales.

Y deseándoles completa salud y felicidad, saben cuánto las quiere en Cristo, su amigo y capellán, *Gaspar Arenas.*»



Parecióle á Fausto, que pudiera acreditarse de inmodesto llevando aquella carta á la mano; por lo cual determinó ponerle un sello al sobre, y echar al correo la misiva, para que ésta llegase á poder de las destinatarias, por la vía postal, antes de efectuar él su presentación.

Hízolo así: pero, después de haber depositado en el buzón la carta, asaltóle el temor de que ésta pudiese extraviarse; con lo cual, si se extraviaba, sufriría su visita la falta del oportuno aviso.

«¡Diantre;—se dijo Peralba, para sus adentros;—esos correos por peatones,

me dan escama: yo he debido llevarme en el bolsillo la carta de don Gaspar; pero, á estas horas, no hay sino doblar la cabeza y acatar lo hecho!»

Cuando regresaba de la casa-correos, recordó aquellas palabras de Olivera, el secretario del Hotel Andalucía: «Nieves merece un viaje.» El viaje, está bien; —pensó Fausto;— ¡pero las fiebres!...

Como si le placieran las compras relacionadas con su partida, adquirió prontamente un *cabás*, una gorra de seda, una maleta de excelente piel y unos gemelos de campaña.

Habíanle recomendado una larga blusa de dril, para que cohonestara con ella el polvo de los caminos; pero Fausto se veía, mentalmente, con aquella hopa de color *crudo* (como decía su sastre) y mófábase de su propia figura. «No; que no se rían los demás; iré sin hopa.» Esto se dijo; y renunció á aquella prenda tan apropiada para los viajes en carromatos



---

y por carreteras polvorientas, donde *una nube*, como en los poemas que cantan sucesos mitológicos, parece envolver constantemente á los vehículos.




LIBRO SEGUNDO

---

MATVRA AVGVSTA



 REALIZÓ su proyectado viaje, á los dos días, pues tuvo que llevar, antes, á cabo algunos otros preparativos.

Subió al tren, que pasaba por Fontible, límite de la provincia; estación de donde partía diariamente el coche de viajeros que recorría el camino de Maturana, y dirigióse en busca de la perdida salud.

A las diez y siete llegó el convoy á Fontible; donde, fuera del andén y hacia la parte occidental de la estación, alzá-

base una vieja casona, ante cuya puerta se hallaba detenida, aún sin el tiro de mulas, la diligencia que había de transportar los viajeros á Maturana. En aquel parador solían comer los susodichos viajeros, preparándose, con buen lastre en el estómago, para el penoso traque-teo que, á buen seguro, tenían que sufrir por aquella mal conservada carretera, abierta sobre flancos de montes abruptos, que formaban cuestras sinuosas.

Cerca de una hora tardaron los zagales en enganchar el tiro y en colocar los equipajes en la vaca; mas, de seguida, ocuparon los viajeros sus respectivos asientos; tomó el mayoral las riendas; montó el postillón en el bruto delantero, y escuchóse, entonces, el ruido de los caseabeles, junto á los chasquidos del látigo y al trompeteo de la cuerna que el zagal tañía; amén de las voces del conductor, que más parecían aulidos que palabras.

En el interior del vehículo iban arre-  
llanadas dos ó tres personas, con aspec-  
to de labradores; pero el cupé veíase to-  
talmente vacío. Peralba ocupaba el pes-  
cante, junto al mayoral, é iba recreando  
la vista en aquellos paisajes majestuosos,  
poblados de águilas que surcaban len-  
tamente el espacio.

El sol poniente teñía de rojo los pi-  
cachos y arrebolaba el cielo. Una brisa  
tonificadora compensaba del calor ex-  
cesivo del día. La naturaleza parecía  
cantar un himno á la tarde.

Fausto comenzó á sentir frío; por lo  
que ciñóse al torso un delgado *par-des-*  
*sus* que llevaba sobre el brazo.

—¡Jozú, zeñorito!—dijo el mayoral.

—¡Si jace una caló que pela!...

—Ahí verá usted, amigo; yo no estoy  
bueno. Padezco fiebres y me empiezan  
con frío ..

—¡Várgame la Soleá!..... ¡¡Yió, yió!!.....  
¡Cuispa!... ¡¡Confitera!!...—gritó el autome-

donte, animando á las mulas y restallando, al propio tiempo, su látigo sobre los lomos de los cuadrúpedos.

—Voy á ver si, con los aires de Maturana, me pongo bien.

—Zi, cabayero; se pondrasté de lo vivo á lo pintao. ¡Ayí no hay enfermeaes ni ná. Er seporturero y er méico se mueren de jambre. ¡¡*Confitera!!*...

—¡Qué hermoso es todo esto! ..

—¡Jum! Pos cuando pasemo del *Ar-tiyo de la fuente*, verasté gloria: un barranco jondo y un chorro é agua como un güey. ¡Yió, yió! ..

—¿Y hay buen hospedaje en Maturana?

—Zí zeñó: la mejon casa es la de Curro; un compadre mío. Yo llevaré á su mercé, si quiere y lo tratarán ayí como ar rey.

—Bueno.

—Y eso e la calentura...—¡¡Verá; verá la *Confitera!!*—Eso e la calentura se le



quita ayí, más pronto que la vista.

—Así lo deseo.

—¡Camará!... ¿Ozté no yeva un cigarríyo extravíao por la fartiguera?

—¡Ca! Yo no fumo.

—¡Por via e...! ¡¡Yió, yió!!

Y sacudía el látigo en el aire, produciendo una crepitación, que semejaba el estallido de una materia fulminante.

Al cabo de un rato de silencio, reanudó Fausto el diálogo con el mayoral, de esta suerte:

—Tengo entendido que en Maturana hay unas mujeres ideales.

—Zuperiores, camará.

—A mí me han hablado de una Nieves...

—¡Jozú!... ¡Doña Nieve!... La diosa e la hermosura. Esa e... ¡er remate...!

—Vamos: «no hay más alla.» ¿Eh?

—Fú...;—contestó el mayoral, soplando con fuerza.—Una coza que tira d'esparda. ¡Y con más perras que la má! Pe-

ro eya dice, que su dinero no se lo come ningún vago. Tos los niño de Maturana le han mandao carta jamorosa. Y cuando sale de viaje doña Nieve, trompieza siempre con un sin fin de señoritingos, que quieren cargá con er santo y la limosna; por que si la limosna es grande, ¡camará! er santo la gloria e Dió. *¡Retintooo!!... ¡Jarre!!... ¡Je!!... ¡Jeee!!... Eya,* —agregó el mayoral, después de hablarle á las bestias,—é juna tunanta, en er buen sentío; y chasquea á Cristo padre. Pone la carita é sonrisa, y cuando los gachones jestán más colao, *creyéndosela,* jace ¡pum!

—¡Bah!... Pues si no los quiere ¿por qué?...

—¿Y ellos, por qué son gilí?... ¡Ben-dita sea su arma! Jace mu requetebién. ¡Pero si osté viera qué durse e pa los necesitao!... ¡un armiba! y á toita las hora der día está con una peseta á este; comía al otro y ropa ar de más jayá!... *¡¡Camisera, Camisera!!*

Comenzó Peralba á meditar en las rudas palabras de aquel hombre. De ellas iba deduciendo, lo que él había ya sospechado: que Nieves gustaba de malograr las esperanzas de sus cortejos.

A las mujeres que obran así, se les llama coquetas; y él empezaba á comprender que á Nieves le caía, como de molde, aquel calificativo. «Acaso es Nieves—pensaba—una hermosa, pagada de su hermosura; una rica orgullosa de sus millones; y no encuentra mérito bastante, en ninguno de los hombres que la enamoran, para erigirlo en dueño de su oro y de su belleza.»

Coincidió este pesimismo de Peralba, con la llegada del carruaje á la *Venta del Cuco*; lugar en que las caballerías eran sustituidas por otras.

En aquel ventorro se expendía vino, café y tabaco de contrabando. La sección de refrescos, componíase de unas gaseosas *detonantes*, que tenían sujeto el

coreho, como las botellas de *Champagne*: con alambres retorcidos.

Eran las nueve de la noche; ó, para decirlo como mandan las pragmáticas: las veintiuna; y el mayoral no descansaba en la tarea de enganchar pronto el tiro nuevo, porque, según decía para ahorrar palabras, *iba retrasado* y sentía comezón por ganar el tiempo perdido.

Peralba tomó una de aquellas gaseosas, que sabían mal, pero que, en cambio, producían mucha espuma: adquirió algunos cigarros puros, que diferenciábanse poco de los que suministraban los estancos de la Compañía Arrendataria, y obsequió con estos tabacos al mayoral y al postillón; pues el catedrático no era aficionado, ni poco ni mucho, al varonil oficio de fumador.

Poco después partió la diligencia, que incesantemente ascendía por la carretera, abierta en pendiente.

La luna esplendorosa besaba la zaga

del carruaje é iluminaba los paisajes que iban apareciendo ante los ojos de Peralba. Un gran rato fueron guardando silencio el mayoral y el doctor. Quiere decirse, que no seguían ningún diálogo, pero nó que el mayoral fuese convertido en fraile cartujo; pues él no cesaba de hablar con las mulas y de cantar, con su voz aguardentosa, alguna copleja, á que parecía servir de acompañamiento el sonsonete rítmico de cascabeles y campanillas.

«Maturana é jun castiyo  
que *frabicarón* los moros;  
y no son sus *arjimece*  
tan grandes como tus ojo.»

Aquel trocillo de romance, agradó mucho á Peralba; y pensó que las cosas tienen, á veces, el carácter que se les imprime; porque aquellos cuatro versos octosílabos, asonantados, (como cate-

drático de arte poética iba entretenién-  
dose en hacer el análisis artístico del  
trozo) parecían en boca del mayoral,  
uno de tantos cantares andaluces; y, en  
cambio, recitados con énfasis, podían  
encabezar una leyenda.

«¡Es Maturana un castillo  
que fabricaron los moros,  
y no son sus ajimeces  
tan grandes como tus ojos!...»

Pasaron poco después por el *Alttillo de la fontana*, meseta pintoresca, que dominaba una vertiente formada por rocas de granito, las cuales fingían penachos, al modo de los pináculos de las catedrales góticas. Allí parecía solazarse la luna plateando aquellas naturales bellezas, que elevaban, con lenguaje mudo, un canto al inmenso Creador.

Un chorro de agua cristalina brotaba de entre las peñas, perdiéndose por la

atarjea natural que, pintada por el musgo y la lama, corría hacia el borde de la meseta, vertiendo en el barranco.

Diez minutos más tarde, y al volver de una colina, divisóse la silueta de Maturana, cuyo contorno permitía ver la clara luna. Numerosos puntos de luz anaranjada, denunciaban el interior de las viviendas.

—Maturana:--dijo el mayoral, señalando, con el látigo, á la villa.

—Ya llegamos ¿eh?

—Eso paece; pero no hay quien quite tres cuarto d' hora. ¡¡Yió, yió!!




Y en el momento calculado por el mayoral, detúvose la diligencia en la plaza del pueblo, y saltaron los viajeros á tierra, cuando cantaba las doce el reloj de la iglesia principal.





## II

AS camas de la fonda de Curro, no eran, por cierto, cómodas como deseara el doctor. Acaso por ello, Peralba durmió poco, no obstante su cansancio.

Levantóse, pués, muy de mañana; y, vistiéndose con el mismo traje de camino, salió de su celda. Pidió, para desayunarse, un vaso de leche de vaca; pero la mujer de Curro le aseguró, que la de cabras era allí tan excelente como la que el huésped pedía; y á poco se convenció Fausto de que la pupilera decía

verdad; pues la leche que le sirvieron era muy densa y mantecosa.

Sacó, Fausto, del baul-mundo el sombrero de jipijapa, y salió, sin guía, á recorrer el pueblo y su alrededor.

Pensaba hacer en Maturana una vida expansiva é higiénica: huiría de las tertulias y dedicárase á pasear, confiando en que los aires purísimos de aquel elevado pueblo habrían de acabar con sus fiebres.

En la plaza, donde la noche anterior se apeara de la diligencia, detúvose un rato. Aquel lugar era grande: tenía la iglesia en su extremo Oeste y el Ayuntamiento en su lado oriental. En el centro alzábase una fuente de piedra, con figuras maltrechas, que obedecían al arte del renacimiento español.

En derredor de la fuente, y á guisa de original vallado, destacábanse algunos fustes de columnas, con capiteles corintios, pero sin basas, que brotaban

del pavimento. Eran restos de la dominación romana, enclavados allí por manos pecadoras, sin finalidad práctica ni artística.

Aquellos vestigios, hicieron recordar al doctor Peralba el origen de la ciudad en que se hallaba. La *Matura Augusta* de los romanos, presentaba al viajero las pruebas de su abolengo latino. Aquel pueblo, que fué municipio, levantóse doscientos años antes del nacimiento del Salvador, en loor á la diosa *Matura*, que presidia los frutos; según palabras de la pagana mitología.

Recreaba al catedrático el viaje de exploración que iba realizando por aquella vía sana y alegre. Las edificaciones ofrecían escasas novedad y riqueza; mas en la plaza, al extremo Sur, alzábase un edificio con amplia puerta principal y cochera contigua, que se distinguía, además, por el buen herraje de sus balcones y ventanas; por la cancela pri-

morosa que cerraba su zaguán, y por los recientes enjalbegado y pintura de sus muros y cenefas. Sobre la portada veíase una cartela de piedra jaspón, con un escudo nobiliario en ella esculpido.

«¿Será ésta la casa de Nieves?» —pensó el curioso viajero;—y, ganoso de resolver pronto su duda, llamó, con un movimiento de mano, á cierto muchachuelo astroso, que le miraba embozado, desde la esquina.

Cuando el arrapiezo se acercó, dióle Peralba una moneda de cinco céntimos y preguntóle:

—¿Cómo te llamas?...

—¿Yo?... Celipe.

—¡Bien, hombre! Vamos á ver: ¿quién vive aquí?

—¿Aquí?... Oña Nieve...

—¡Hola!... ¡Con que doña Nieves!...

Y como no tenía Peralba que rendir culto, en aquel momento, á la modestia convencional, se dijo á sí mismo: «¡Qué

intuición la mía!» Luego, preguntó al mozalbete:

—¿Y tú, dónde vives?...

—Payá; en la calle arriba, á esta mano; en una casa...

—Muy bien. Ea; adiós. ¡Y límpiate los mocos, hombre, que ya se asoman á tus labios!...

El muchacho se puso rojo, como una guinda, convirtió en pañuelo el dorso de la mano derecha, y se alejó, volviendo la cabeza de trecho en trecho, para no perder de vista á aquel señorito *rubio como la candela*.

La campana de la iglesia tocó á misa, pausadamente.

—¡Verdad, que es domingo!...—se dijo Peralba;—y dirigióse al templo, cuyas naves sombrías estaban solitarias y tristes.

Fausto recorrió el interior de la iglesia, buscando en las capillas destellos de arte, que no pudo descubrir. Los

retablos eran del gusto churrigueresco, y á él le aburrían tanta hojarasca y tanta pesadez de adorno. Las efigies y los cuadros, que no podían ser vistos á plena luz, apenas ofrecían interés, en el sentido artístico de la palabra.

La misa había comenzado en el altar mayor, y Peralba hubo de asistir al santo sacrificio, más bien con comedimiento que con devoción.

Cuando salió de aquel interior obscuro, molestó mucho á sus ojos la transición de luz que sufrieron. El sol bañaba la plaza y refractaba en los limpios cristales de la casa de Nieves.

«¿Se asomará al balcón?... ¿Vendrá á la misa mayor, que deberá de celebrarse á las nueve, como es costumbre?... No he de alejarme de aquí.»

Tales fueron las palabras que habló consigo mismo; y, fiel á su propósito, se detuvo junto á la fuente, miró con curiosidad de artista el clásico aspecto de

la casa del Concejo; sentóse en uno de los poyos, que corrían á lo largo de la fachada, y aguardó.

Algunas mozas, llevando apoyado el cántaro en la cadera, se aproximaron á la histórica fuente, que, á más de monumento decorativo, estaba destinado para abastecer de agua potable á los maturanenses, por lenidad inveterada de la alcaldía, que toleraba en el centro de la ciudad lo que solo era propio de las afueras.

Los naturales de Maturana, extrañaban á aquel caballero del *jipi*; y un gracioso guardia urbano, que vestía pantalón de color castaño, alpargatas, guerrera azul y kepis, se aproximó á Peralba, le saludó cortesmente y le dijo:

—Güenos día mos dé Dió. Osté se conoce que es *frastero*; de moo que lo que s'ocurra, pué mandarlo á Damián Pérez, ó *Requisa*, por mal nombre.

Agradeció Fausto la atención de Re-

*quisa*, y pensó, dejando aparte la forma bárbara del discurso, que aquel acto de cortesía hablaba muy en favor de la hospitalidad maturanense.

Poco á poco se fué reuniendo gente alrededor de Peralba, mirando á éste con curiosidad rayana en el descaro; mas apenas dieron comienzo los repiques, anunciadores de la misa mayor, levantóse Peralba del poyo y se dirigió, nuevamente, al templo.

No logró, sin embargo, ver entrar en la iglesia á *la diosa*, pues sólo asistieron á la misa cantada diez ó doce personas, de los dos sexos, y ninguna de las mujeres ofrecía las señas consabidas de la señorita de Torres.

Sin lograr su original propósito, fuese Peralba al hospedaje; y, sentado tranquilamente en una de las mecedoras, que ocupaban el patio, bajo el emparrado, aguardó la hora del almuerzo, empleando, mientras, la imaginación en las más pintorescas conjeturas.



### III



En la hora que Peralba juzgó propia para visitar, se encaminó á casa de Nieves. Había cuidado el catedrático, no poco, de su aspecto: llevaba un fresco y elegante traje de franela rayada, cuya cazadora, abotonada solamente en el ojal del centro, era larga, ceñida por el talle, amplia por las caderas y baja por las solapas. El pantalón, doblado por los extremos de sus perniles, descubría un finísimo calzado de *dóngola*.

La ancha corbata, que se desbordaba por falta de chaleco que la aprisio-

nase, era de color lila y de rayas blancas, sutiles y diagonales.

El aristocrático sombrero Panamá cubría la cabeza rubia; y los guantes de seda, color gris, enfundaban las manos del almibarado catedrático. Si Petronio hubiese perdurado hasta nuestros días, no escogiera otro indumento, por lo menos para visitar á *Matura*, «la diosa de los frutos sazonados».

Aquel atavío llamaba la atención de los buenos maturanenses, acostumbrados á zapatos herrados, blusas de algodón y sombreros de alas rectas. En cuanto al uso de la corbata, puede afirmarse que en Maturana se desconocía; pues ni el hijo del alcalde ni el del registrador, que vestían con algún atildamiento, se colocaban, alrededor del cuello, colgajos de tal clase.

Atravesó Fausto la plaza, con aquel andar parsimonioso que era en él característico; y penetró en la casa de *la diosa*,

delante de cuya cancela se detuvo.

El corazón empezó á latir desordenadamente en el pecho de Peralba. Sin saber por qué, causaba alguna perturbación á su espíritu la expectativa de aquella famosa belleza.

Tiró hacia fuera del pomo del timbre, y, á poco, abrióse la cancela y apareció una mujer frescachona, que tenía trazas de sirviente.

—Buenas tardes.

—Güena mo la dé Dió.

—¿La señora viuda de Torres?

—No está, caballero.

—¡Cuánto lo siento!...—exclamó Peralba, visiblemente contrariado. — En fin:—añadió;—le dejaré una tarjeta, y mañana... Espere usted;—dijo, echando mano á la cartera.

—Güeno; eso será pa cuando vengan de Marmolejo.

—¿Eh?...—preguntó Fausto, sin querer dar crédito á lo que oía. —¿En Mar-

molejo?... ¿Pero están en Marmolejo las señoras?...

—¿La señorita Paca y su hija? Sí, señó; las do.

Mordióse Peralba el labio inferior, y sacó la tarjeta, que entregó á la fámula.

—Lo siento, lo siento. Les traía una visita del deán don Gaspar Arenas...

—¿Don Gaspá?... ¡Sí, señó! ¡Ay! ¡De don Gaspá!... ¿Y cómo sigue don Gaspá? ¡Qué santo hombre!

—Está bien, gracias.

—¡Digo; de don Gaspá!... ¡Lo que lo van á sentí las señorita!...

—Ea; adiós.

—Vayasté con Dió, caballero. Y cuando veasté á don Gaspá, delosté memoria de Juana, la hija del *Coquino*.

—Está bien.

—¡Digo, de don Gaspá!—repitió la parlanchina criada, saliendo á la puerta, desde cuyo escalón vió desaparecer á Peralba por la calle de Arriba, que era en la que se situaba su hospedaje.

Aquel inesperado fracaso, hizo crecer alas en los pies de Peralba: nunca había caminado con tanta prisa.

Llegó á su hospedaje, cambió de ropa, y, deseoso de comunicar á alguien la causa de su contrariedad, díjole á Salud, la esposa de Curro, que iba y venía del comedor al patio:

—Acabo de tirarme una *plancha*, Salud.

—¿Qué plancha e' jesa, señó?

—Pues... que he ido á visitar á doña Nieves, y me han dicho que no está en Maturana.

—¡Carambi! Y es verdá. Está con su madre en esa *sagua* que le icen de Marmolejo; pero ya debe de haberse acabao la temporá, y no tardarán mucho en volver la madre y la hija.

—¡Ah!... ¿Usted cree?... Eso quiere decir, que llevan ya mucho tiempo fuera.

—¡Digo! Lo meno jun mé. Y... ¿á

quién le he sentío yo de decir que las están aguardando?... Porque, verasté: *como se va* por la calle *Abajo*, que es la que está enfrente de la calle *Arriba*, se baja una cuesta; y allí, junto al arroyo, están haciendo una ermita costea por la señorita Nieve; y los alarife no quieren poné er techo, que es cuando se tiran aquí *cojete* y se celebra la obra, hasta que no estén presente doña Nieve y doña Paca.

—Con que... ¿una ermita?... Iré por allí. De cualquier modo, yo no tengo otra cosa que hacer sino zascandilear por el pueblo y tomar aires puros. Pero como hoy no me dé calentura..., me parece que mañana regreso á mi tierra.

—¡No, por Dió, señorito; que lo mejor e que se mantengasté aquí, siquiá un par de semana!

—  
Después de este diálogo, que despertó otra vez en el alma de Peralba la esperanza de ver á aquella hermosa

desconocida, sustraída por el acaso á sus miradas, decidióse el joven catedrático á escribir á su madre, expresándole el propósito de volver muy pronto á su lado.

Cuando llegó la tarde, observó Peralba, con júbilo, que no le acometía el frío sintomático de la calentura; de lo que se admiró, reconociendo la virtud curativa que, para esta clase de dolencias, tiene todo cambio de aires.

Rompió, pues, el sobre de la carta que había escrito, y añadió esta lacónica, interesante *post-data*: «hoy no he tenido fiebre».



Comiendo estaba Peralba, cuando penetró en el comedor un sacerdote joven, delgado, de facciones aniñadas. Di-

rijióse á Fausto, con los brazos abiertos, y exclamó:

—¡Pícaro, y más que pícaro!... No me había yo equivocado.

Levantóse súbitamente Peralba, y correspondió á aquel abrazo; porque había reconocido al expansivo sacerdote.

—¡Enrique!...

—¿Qué es esto? ¿Tú por Maturana?.. ¿Qué busca el insigne humanista en este pueblo?

—Busco salud. Pero siéntate. ¡Caray, caray! ¡Qué sorpresa más grata! Yo no sabía...

—Soy cura propio de aquí.

—¡Ya!

—Y hoy, diciendo misa, te ví en la iglesia. ¡Y eso que yo no tengo costumbre de mirar á la gente, pues pongo todos mis sentidos en lo que estoy haciendo!

—¡Vaya con Morenito! Tú, como siempre: delgado, pero fuerte.



—Gracias á Dios. Y... vamos á ver: ¿qué enfermedad es la tuya, Fausto?

—Unas fiebrecillas...

—¡Ah! Pues aquí desaparecerán.

—Con estos aires...

—Sí; es lo único que hay en Maturana: buenos aires y buenos frutos. Lo demás..., un aburrimiento.

—Es verdad; pero yo no me aburriré: te daré *la lata*.

—¡Vaya una lata!... Charlaremos, pasearemos. ¿Has visto el castillo árabe?

—No; pero he oído la copla:

«Maturana es un castillo  
que fabricaron los moros...»

—¿Ni has visto, tampoco, las murallas romanas?

—Tampoco.

—Pues nada; todas esas cosillas debes verlas. Yo te serviré de guía, aunque malo: pero, á falta de pan, buenas son tortas.

—Conservas tu carácter alegre. La pesadumbre de los hábitos sacerdotales, no ha logrado ocultar tu franqueza expansiva, tu agradable desparpajo.

—Tampoco has variado tú: tienes el mismo aspecto reflexivo, la misma apariencia estóica. Hijo mío: ¡gento y figura!...

—¿Y qué tal te va?

—Perfectamente. Procuro cumplir con mi sagrado ministerio; me dedico á mi chifladura arqueológica, y aguardo pacientemente algunas oposiciones á canongías. Tú, con tus clásicos.

—¡Uf! Los tengo abandonados. La cátedra no me deja libre mucho tiempo: toda la vida *desasnando reclutas*, como dicen en la zarzuela «El rey que rabió».

—Recuerdo, siempre con admiración, la facilidad que tenías para la traducción de los poetas latinos. A Horacio y Virgilio te los sabías de memoria.

—Y no los olvido.

—¿Te acuerdas de la traducción que hiciste, *ad pedem literæ*, de la poesía de Horacio, *A Delio*?...

—*Equam memento rebus in arduis  
servare mentem non secus in bonis...*

—¡Admirable!... Conservo una copia.

—¡Hola! .. No valía la pena.

—No, Fausto; no he visto mejor traducción.

—Pues has llegado aquí, padre Moreno, en la mejor ocasión: cuando pensaba marcharme, sintiendo ya lo que llaman los gallegos la *morriña*. Ahora, me quedaré más tiempo. Traía una visita para la viuda de Torres...

—Del deán: como si lo viera.

—Del mismo.

—Es grande amigo de ellas.

—Y yo esperaba que esa señora y su hija me hubiesen hecho agradable...

—Pues no tardarán. Las esperamos para la *fiesta de la techumbre*.



—Sí, ya sé...

—¡Ah! ¡Qué madre y qué hija!...

Iba á decir algo más el sacerdote, pero se contuvo. Peralba adivinó la exclamación, que el padre Enrique había dejado inaudita: «¡sobre todo, la hija!».

—Sé lo de la iglesia;—dijo Peralba.

—Una iglesia preciosa, que va á costear Nievesitas, en loor á la Purísima Concepción. El lugar es de lo más pintoresco... ¡Y hasta la elección del sitio *tiene miga!*

—¿Miga?

—Verás: yo descubrí, en el solar donde se está levantando el templo, una lápida que se conservaba muy mal; cerca del pavimento: sobre la muralla romana. ¡Es una lápida admirable!... ¡Hombre! ¡Aquí tengo el calco!—dijo el sacerdote, introduciendo la mano por la abertura de la sotana, y sacando un papel, que desdobló.

—Vamos á ver.

—Como la lápida hubo que enviarla al museo provincial, yo me quedé con esta reproducción. Mira.

Extendió el padre Moreno, sobre la mesa, aquella hoja de papel, y vióse calcada en ella la inscripción, que era como sigue:

Q. CONSTANTIO. L.  
MATVRAE. AVG.  
D. S. P.

—Como ves, un *Quinto Constancio Lucio* dedicó á la diosa Matura, á sus expensas, algo, que pudo ser un templo. Todas las hipótesis hacen que *nos afirmemos* en la idea de que fué un templo.

—Bien: *nos afirmaremos*.

—Este pueblo estaba dedicado á Matura...

—Sí, sí; no sé por dónde ni en qué momento aprendí yo algo de historia maturanense. Además, cuando voy á visitar una población desconocida, procu-

ro imponerme, antes, de su origen, de su clima y de su situación. Es conveniente saber á dónde se va.

—Muy bien. Pues para simbolizar con un hecho el triunfo del cristianismo sobre el paganismo, ha querido Nieves de Torres que, en el lugar donde indudablemente se erigió un ara á Matura, se le erija un templo á la Purísima. ¡Mira que la idea es delicada!...

—¿Es soñadora esa joven?

—Es una cristiana de las de macha y martillo.

—Me gustan esos romanticismos, porque descubren un alma.

—¡Oye, oye!..... ¿Romanticismo?..... ¡Apuesto á que te has contaminado del mal de la época!... Tú no fuiste nunca muy bueno, Peralbito...

--De modo que Nieves...

—Es un espíritu superior.

—Y una hermosura *despampanante*, ¿verdad?

—En todo la ha favorecido el Señor;  
—contestó el cura, bajando los ojos, acaso para ocultar el brillo de sus pupilas.

—

No creí necesario decir, y por ello no lo dije, que Peralba siguió comiendo; por lo cual, este diálogo fuese deslizándose entre el catedrático y el cura, mientras aquél despachaba sus platos.

A instancias del padre Moreno, marchóse Fausto con él, á echar un rato de conversación, sentados á la puerta del templo parroquial.

—Mira: allí, en el átrio, colocamos unas cuantas sillas; vienen el alcalde, su hijo, el registrador y el juez de primera instancia; charlamos al fresco, y después se va cada mochuelo á su olivo.


—No me parece mal;—contestó Peralba, tomando el sombrero y el bastón.

Y salieron ambos, cruzando la calle de Arriba y desembocando en la plaza.





#### IV

 BIEN pronto tuvo que retirarse, de aquella agradable tertulia, el buen Fausto, sintiéndose febril.

Reconoció, entonces, que había obrado imprudentemente sentándose de noche al aire libre, allí donde la temperatura refrescaba tanto, apenas caía el sol en los abismos de Occidente.

Elevóse mucho la calentura y se atemorizó no poco el enfermo. Muy temprano llegó á la fonda el padre Morenito, y empeñóse en llamar á uno de los dos médicos que en la ciudad había.

Mandó recado á don Dionisio, que era un facultativo de porte desaliñado, pero de ciencia profunda; y cuando éste llegó á la cabecera del enfermo y reconocióle detenidamente, apreció su temperatura y concluyó que, lo que padecía Peralba, era simplemente una infección.

—Con dos días tengo bastante. ¡Mucho salol! ¡Calomelanos!... Y se va usted á estar aquí, sin salir á la calle, siquiera veinticuatro horas.

En una hojita de papel extendió la receta, con lápiz, el señor don Dionisio, y recomendó al sacerdote que no mandasen por los medicamentos á la botica de *Calomarde*; alegando que no tenía confianza en los productos que el tal farmacéutico expendía.

Cuando se fué el médico, dijo Peralba:

—Hazme el favor de llamar á Salud, para encargarle que traiga todas esas porquerías; pero no te olvides de la re-

comendación que ha hecho don Dionisio, respecto á la farmacia.

—¡Calla, hombre!... ¿Tú sabes lo que es eso?... Don Dionisio es liberal furibundo; y el boticario, á quien él designa con el gracioso nombre de Calomarde, es un pobre López, que sigue la política conservadora. ¡Son enemigos acérrimos!

—Entonces, el boticario que él recomienda, será radical.

—Es otro pobre hombre: se llama González: pero aquí le conocen algunos con el *odioso* nombre de Mendizábal.

—La política, en estos pueblos, es funesta.

—Repulsiva, querido Peralba.



Al segundo día de tratamiento, hallóse Fausto por completo restablecido;

la desinfección había vencido á la fiebre. Aquellos dos días de clausura y de medicación, aburrieron soberanamente al doctor Peralba, no obstante las visitas con que el alegre sacerdote quiso animarle.

Y el martes, al anochecer,—para que se vea que no son todos los martes aciagos—participó el padre Moreno á su amigo, que doña Paca y Nieves acababan de llegar á Maturana.

—¡Vaya! *¡Por fin*, voy á tener el gusto de saludarlas!...

—Mañana, por la mañana, á las ocho, acudirán á la capilla en construcción. ¡Verás qué jaleo de cohetes y de aclamaciones arman los pobres alarifes, en acción de gracias por haber llegado al límite de altura, sin que hayan ocurrido desgracias personales.

—Iré;—exclamó Peralba.

—Dios mediante;—añadió el sacerdote.

—¿Es por la calle de Abajo?...

—Seguida. Irás descendiendo, descendiendo; y, al llegar á una alameda, verás los muros y el andamiaje.

Cuando se fué el clérigo, quedóse pensativo el doctor.

«Y bien,—meditó Peralba:—mañana veré ese ejemplar curiosísimo de la raza: mañana me bañaré en ese sol de hermosura, mil veces más confortable que el astro del día; pero, satisfecha mi curiosidad, regresaré á la tierra de que procedo, lleno, acaso, de una codicia que no podré complacer. Mejor fuera restituirme á la capital que he abandonado, sin realizar esta ambición pueril que sustento. Es más saludable mirar lo soñado, en el espejo de la ilusión, que sentir las atracciones de la realidad, en la esfera de lo positivo.»

Con todo esto quería decir Peralba, que le parecía mejor irse que quedarse; pero la curiosidad, que ya había reali-

zando alianzas con el amor propio; y el *decreto del Destino*, tal vez, hicieron que optara Fausto por permanecer en Maturana.



Cuando Peralba dirigióse, por la palza, al templo en construcción, comenzaron á detonar en el vacío los cohetes voladores, nuncios de la proyectada fiesta.

¡Cuán espléndida era la mañana!... La rutilante espada del sol, mortificaba con sus mandobles al suelo maturanense.

La chicharra cantaba su grave trémolo, oculta en las ramas de la arboleda; y los arrieros subían la calzada, caballeros en sus mulos, llevando el pañuelo, á guisa de cogotera, suspendido por el ala posterior del chapeo.

Cerca ya del lugar en que se alzaba la fábrica de la capilla, observó Fausto que, delante de la obra, agrupábanse muchas gentes, por encima de cuyas cabezas asomaban varios quitasoles, llevados, indudablemente, por manos femeniles.

El paraje aquél era sumamente risueño: al frente, divisábase una lejanía de montes, cuyo arbolado, recibiendo la intensa luz solar, proyectaba dura sombra sobre el terreno en que prevalecía.

Brillaban, en toda la falda de la cordillera las casas rústicas, como bandada de palomas blancas posada en aquella agreste serranía.

Según íbase la vista dirigiendo á la cuenca del río, cristalina sierpe que se arrastraba muy cerca de los álamos blancos, y á cuya vera estaba elevándose el templo, descubríanse harineros moli-

nos, que salpicaban las márgenes de aquel breve caudal de agua bullidora.

Por entre la nube de curiosos que circundaba la obra, de cuya altura, engalanada con banderas multicolores, sobre las que campeaba una gran cruz de madera, brotaban los traviesos cohetes, adelantó Peralba cautelosamente el rostro y admiró á su sabor aquella reunión de señoras maturanenses, de que parecía ser diosa, coronada de cabellos de oro, una joven alta, de piel blanquísima y arrebolada por las mejillas; de azules ojos y de morbideces y plenitudes propias de una diosa robusta y en sazón, análoga á la Venus de Milo y de semejanza á la de Médicis: un remedo humano, una representación viva de la mitológica Matura, deidad de los frutos que brindan de consuno su madurez y sus exquisiteces.

Nieves (que no era otra aquella mujer incomparable) alzaba en alto un



quitasol rojo, de seda, cuyos reflejos le arrebolaban el rostro. A Peralba se le antojó aquel quitasol, un palio.

La familiaridad de Fausto con Virgilio, resucitó en la memoria de aquél, un instante poético de la *Enéida*, en que el héroe del poema clásico, oculto por una nube (y no de curiosos), descubre á Dido, cuando ésta llega al pagano templo, cuyas obras dirige.

El cisne de Mántua comparó á Dido con Diana, cuando de sus *oreadas* seguida, cazaba en las riberas del Eurotas, ó en las cumbres de Delos, resaltando por su belleza suprema entre aquella miriada de ninfas. Pero Fausto, que, mirando á Nieves, no hallaba á mano términos justos de comparación, pareció como si se complaciese en repetir *in mente* el bello trozo latino, que tanta analogía guardaba con aquel momento real.

«Qualis in Eurotæ ripis, aut per juga Cyntii  
Exercet Diana choros, quam mille sequutæ

Hinc atque hinc glomerantur Oreades; illa pharetram  
Fert humero, gradiensque deas supereminet omnes  
Latonæ tacitum pertentant gaudia pectus:  
Talis erat Dido, talem se læta ferebat  
Per medios, instans operi regnisque futuris.\*

---

Entre aquellas *oreadas* bullía el alegre sacerdote Moreno, muy regocijado de la *diosa* y de su compañía; mas no fué su distracción tanta, que le privara de descubrir al catedrático, cuya faz asomaba anhelante por encima del grupo que circundaba á Nieves.

—¡Peralba, Peralba!... — exclamó el sacerdote, llamando á su amigo con movimientos de mano.

Cuantas personas se percataron de las llamadas del cura, volvieron los ojos hacia el lugar á que dirigía el padre Enrique su mímica y sus voces. Y Fausto, visiblemente turbado, separó la muralla de gente que entorpecía su paso, y adelantóse, á tiempo que la sangre afluíá toda á su avergonzado rostro.

Avanzó un tanto el buen clérigo, para encontrar á su amigo; y, atrayéndole suavemente, le llevó cerca de la hermosa, é hizo la presentación oportuna, en estos términos:

—La señora viuda de Torres; su hija Nieves; mi amigo don Fausto Peralba, catedrático y doctor.

Sombrero en mano, y con una inclinación cortesana, saludó Peralba á entrambas señoras. Estuvo á punto de besar la blanca mano de Nieves; de aquella mujer que, como Diana, estaba allí con la imaginaria aljaba sobre el hombro, para flechar corazones y rendirlos.

El buen cura continuó el capítulo de las presentaciones.

—Doña Carlota Bellido; Pepita de Alcaráz; Lolita Blanco.

Doña Paca invitó á Fausto á cubrirse; y, pasados los primeros momentos convencionales, empezó el diálogo entre las señoras y el presentado.

—Ya teníamos noticias de usted; en Marmolejo recibimos una carta del padre Arenas; y mi hija decía: «¡qué fatiga, mamá! ¡No nos va á encontrar ese señor en Maturana!»

Peralba recobró su impasibilidad aparente, y sonrió, diciendo:

—¡No lo sentía yo menos!

—¿Quiere usted creer, que lo primero que preguntamos al llegar—dijo Nieves—fué si usted se encontraba aquí?

—Millones de gracias, señorita; no merezco ..

—Y nos disgustamos,—agregó la viuda de Torres—cuando supimos que estaba usted peor.

—¡Bah! No fué nada. Ya estoy perfectamente.

En este momento, volaron por el vacío cincuenta cohetes, cuyo ruido sorprendió cómicamente á los circunstantes. El padre Moreno había ordenado esta broma, y reía de lo lindo, presenciando sus efectos.

Calmados los ánimos, dirigió la palabra á Peralba una señora redicha, flaca y agachapada, cuyo cabello descubría las huellas del nitrato argentino.

—Usted, caballero, viene de un punto donde yo tengo un sobrinito á quien, sin duda, conocerá.

—¿Pepe Bellido?... Sí, señora. Es un joven elegante y simpático, que usa corbatas pintorescas... y...


Pudo contenerse á tiempo; pues iba á *soltar* lo de los zapatos enjalbegados.

—Muchas gracias, por sus elogios; sólo sé decir, que cuantos hablan de mi pobre Pepe, le ponen por las nubes. El año pasado vinieron ésta y su madre (*señalando á Nieves*) prendadas de él.

Nieves sonrió levemente, y plegó an tanto el entrecejo; mas con presteza desvaneció aquellos signos de protesta, que, para Fausto, no pasaron desapercibidos.

Versó luego la conversación, sobre

los baños de mar; sobre la belleza de Maturana; sobre el calor sofocante de aquel verano, que era *peor que el de todos los anteriores*; y cuando los alarifes, algo calamocanos, se sentaron en rueda, dispuestos á devorar un gran cordero que habían condimentado, disolvióse la reunión; no sin que los obreros dieran *vivas* estentóreos á la bella Nieves, que contestaba á tales muestras de entusiasmo, con sonrisas y saludos hechiceros.

L doctor Peralba almorzó mal, pero caviló bien. ¡Cuán profunda había sido la huella que imprimiera en su alma la hermosa Nieves! Siempre hallamos diferencia desfavorable entre el objeto elogiado en ausencia y el objeto conocido después del elogio; pero no pudo repetirse este caso, al aparecer ante el humanista la ideal figura de Nieves de Torres; allí la diferencia era favorable á la hermosa.

¡Si él hubiera nacido poeta!... Los estados de alma, producidos por el espec-

táculo de una mujer excepcional, eran —en sentir de Fausto,—los más propicios á toda manifestación poética; mas el catedrático, amigo de los clásicos latinos, admirador de los poetas de nuestro siglo de oro, nutrido con tanto alimento artístico, carecía de esa aptitud que facilita la expresión de lo sentido en forma rítmica y en combinaciones preconizadas por aquellos textos de que él hacía explicación en las aulas.

Y, sin embargo, sentía Fausto la poesía, y experimentaba una necesidad imprescindible de exteriorizar su honda impresión.

Retiróse á su cuarto; sentóse delante de la mesa; oprimió sus sienes con la palma de la mano; y aquel alma vehementemente, encerrada en una apariencia estóica, dictó estos versos que mostraban la familiaridad de Fausto con los clásicos poetas de la antigüedad helénica y latina.



---

ANACREÓNTICA

---

Un corderillo ofreceré á Matura,  
que es la diosa del fruto sazonado,  
por haberme llamado  
al templo de su olímpica hermosura.  
Elévase la diosa sobre el plinto  
ubérrima de senos;  
mórbido el talle que aprisiona el cinto  
llenos sus hombros y sus brazos llenos.  
Tocado por su mágica influencia,  
madura el fruto verde;  
ella le ingiere misteriosa esencia,  
que liba el hombre cuando el fruto muerde.  
¡Oh! No ansiaban mi amor y mis querellas  
capullos aún cerrados;  
corazones de núbiles doncellas,  
que son como rosales no podados,  
y tallos aún no abiertos  
de amor á los prolíficos ingertos:  
al madurado fruto  
rindieron mis afanes su tributo.  
Y Matura surgió, pródiga en dones,  
cercada de una corte de palomas;  
llevando á madurez uvas y pomas  
y llevando á sazón los corazones.

---

Y ora que el canto de mi amor concluyo,  
¡mi corazón cambiara por el suyo!

¿Cómo había brotado de los puntos de su pluma aquel breve poema? ¡Luego, no era imposible para él la composición!... ¡Ah! ¡Seguiría! Cantaría de nuevo, sin imitar á clásicos de ninguna época; dejándose llevar por el impulso de su propia iniciativa.

Ensayaría un nuevo canto y describiría mejor á la hermosa, que era de labios finos y sensuales, de dientes tan pequeños é iguales como piedras de joyería, trabadas armónicamente para avalorar la joya. Los tópicos vulgares en que incurren los que cantan á labios y dientes, comparándolos con el coral y las perlas, desecharíalos, no solo por manoseados, sino por inexactos; pues ni las perlas ni el coral valían lo que aquellos dientes correctísimos y blancos, con que Dios había engalanado á *la diosa*.

Cantaría al cuello ebúrneo, sin traer á cuento el del cisne; describiría los hoyuelos que forjaba la risa en las mejillas

de Nieves, diciendo, acaso, que eran breves nidos propicios á albergar besos, aves invisibles del amor, que no tienen forma, pero que cantan.

¡Oh, cómo despertaban las gracias de aquella mujer el estro siempre dormido! ¡Cuántos como él (como Fausto), nacían á la vida del arte poético por la presión, por la influencia de un acaecimiento: por un desequilibrio psicológico!...

Hacía estas consideraciones el doctor, cuando llamaron á la puerta de su cuarto.

El huésped abrió de seguida y penetró confianzudamente el padre Moreno.

—¡Hola! ¿Te vestías para la visita?...

—No; estaba ahí, emborronando...

—Escribiendo á tu madre.

—No; haciendo... una tontería. Versos..., imitaciones..., nada.

El joven sacerdote, dirigió la vista al papel en que Fausto había escrito sus versos, y, leyéndolos, palideció.

—Muy bien;—dijo, reponiéndose.— De modo que tú también versificas. ¡Y lo haces como aquellos padres de la poesía helénica!

—¡Por Dios!... Una humorada... Reflejos de mis lecturas...

Sentóse el párroco, entonces, y Peralba se puso el cuello, la corbata y la cazadora, mientras el clérigo, dando alguna tregua á su característico buen humor, y poniendo tristes los ojos, murmuraba entre dientes el endecasílabo:

—«¡Mi corazón cambiara por el suyo!...»

Después de algunos minutos de silencio, dijo Peralba:

—No quiero guardarte el secreto, Morenito: con Nieves me ha sucedido, lo que con ninguna mujer. ¡Hasta me he sentido poeta!... Y ya puedes figurarte lo que es ponerse romántico un hombre, solo por haber visto á una hermosa.

—Eso es enamorarse, en mi tierra;— contestó el clérigo, procurando sonreír.

Salieron: el padre sólo llevaba la sotana de merino, una esclavinita de la misma tela, sobre los hombros, y el *teja*, de que únicamente se servía allí para visitar; pues, de ordinario, llevaba calado el bonete, como si todo el pueblo fuese patio de su casa.

-- Pues sí, amigo Enrique: la impresión que me ha producido Nieves, no es para descrita en prosa. Una lira dulce, como la de Lucano, acertaría tal vez á manifestar lo que yo he sentido.

El padre Moreno, callaba. Y el cate-drático seguía de esta suerte:

—¿Tú crees en alguna potestad que se ocupe, desde el empíreo, en predestinar á los hombres para la felicidad ó la desventura?...

—¿Qué dices?... ¡Fatalismo musulmán, paganismo gentílico!...

—Es que á Nieves, querido Moreno,

la viene siguiendo mi alma desde hace fecha; y, óyelo bien, querido párroco: yo amaba á Nieves sin conocerla, por una predestinación indudable.

—No me explico...—dijo el sacerdote, volviendo á su extraña seriedad.

—Voy á contarte esta pequeña historia, mientras llegamos á casa de Nieves.

Aunque el trayecto era corto, fué bastante el tiempo invertido en recorrerlo, para que Peralba contase á su amigo las circunstancias que le habían hecho desear el conocimiento de *la diosa*.

Halló muy peregrina la historia el sacerdote; y dijo, que la *loca de la casa* es la que suele dar importancia á los sucesos; pues éstos no pasan de ser, á veces, tan sencillos, que, de no quererlos expresar, apenas si de ellos saldría jugo para el cuento más miserable.

—Nada; ya veo claro: los incesantes

elogios que has venido oyendo con relación á Nieves; su casual apartamiento de los lugares donde has ido á buscarla, por simple curiosidad; *la atracción de lo desconocido*; y, últimamente, la ratificación del concepto ageno, ante el reconocimiento de la positiva belleza de nuestra amiga, han ido operando, y han consolidado ya, un sentimiento en tu alma, que...

—¿Qué?...

—Que es amor; —añadió, austera-mente, el cura.

—Ahora, sin embargo, es cuando me toca huir; porque para mí es Nieves imposible.

—¿Imposible para tí?...— preguntó, con evidente ironía, el joven párroco.— Para *otros*, será imposible; para tí, nó.



Llegaron á la casa de la viuda de Torres, los dos amigos, y fueron recibi-

dos en el patio, que estaba adornado como es costumbre, durante los veranos, en algunas poblaciones andaluzas.

Doña Paca y Nieves columpiabanse en dos mecedoras, de las cuales se levantaron al entrar Peralba y su acompañante, quienes dejaron los sombreros, en la elegante percha de luna, colocada encima del muro que servía de fondo á la cancela.

Después de las palabras de buena educación, comenzó el diálogo ameno que era de esperar en personas tan inteligentes; mas Peralba, ya fuese por su característico estoicismo, ya porque las impresiones experimentadas delante de la hermosa coartasen su verbo, hablaba menos que el padre Enrique y menos que Nieves, si bien empleaba sus miradas, y su atención toda, en aquella espléndida escultura viva, de que no podía citar ni recordar ejemplo.

Si el padre Moreno hubiese sido un



seglar, á quien conviniera aparecer delante de Nieves como superior en vivacidad y en inteligencia á Fausto, holgárase mucho del encogimiento de su rival —pues lo fuera entonces— y aprovechara aquella circunstancia para ganar mejor puesto; pero el joven sacerdote, aunque tenía enfermo el corazón, tenía sana el alma, por lo que, más bien se colocó, espiritualmente, de parte de su amigo, invitándole á hablar, y procurando [que aquella atonía no le mermara atractivos delante de la hermosa Nieves.

—Ahí donde ustedes le ven, compone versos.

—¡Bah! No crean ustedes á este buen curita: no hago sino ensayos; pero... no me salen. A fuerza de andar entre clásicos y de conocerlos á fondo, me he convencido de que nada puede hacerse, en tal arte, que supere á lo hecho, sobre todo, por los poetas griegos y latinos.

—Pero mejor quisiera verte san Juan de la Cruz, que Anacreonte.

—Ambos son dignos de imitación y de respeto.

Como el sacerdote le llevó *á su cuerda*, el catedrático habló, con su habitual reposo, comparando clásicos sin pedantería; recitando dulces versos, sin afectación; y aquella conferencia complació mucho á las señoras de la casa, que eran amantes de lo bello.

—¡Ay, señor Peralba;—habló la diosa;—puesto que usted toca la lira, voy á pedirle el favor de que me ponga cuatro palabras en este abanico!

Tornóse rojo el buen Fausto, y respondió:

—No sé si podré... Yo *no suelo* hacer versos... Son cosas de éste.

—Me parece usted demasiado modesto;—exclamó doña Paca.

—Señora: usted, en cambio, es demasiado amable. No quiere decir esto que me niegue...: probaré...

Nieves entregó á Peralba el precioso abanico japonés que tenía en las manos.

—Voy por otro; —dijo la joven, levantándose,—pues hace un calor que no puede sufrirse.

—¡Buen compromiso!..... —exclamó Fausto, sonriente, contemplando el abanico, mientras Nieves desaparecía.

—Sentiríamos molestar á usted; —dijo la viuda de Torres.

—¡Señora!... Lo que yo temo es no poder complacer á una criatura tan angelical como su hija. En fin: ¿qué remedio me queda? Me llevaré el abanico y esta noche pensaré... ¡Nieves lo merece todo!

—Gracias, señor Peralba; con razón le elogian á usted el deán y el párroco.

Cuando volvió Nieves, fijóse en su andar majestuoso el *impasible* catedrático, y sintió que su corazón latía con violencia. ¡Qué dulces atractivos mostraba aquella mujer pletórica de formas, cuando, entre el suave crujir de sedas, y dejando una estela de pertumes, pasaba próxima al observador!

—¿Ha pensado usted el verso, señor Peralba?...

--¡Ah! ¿pero usted quiere una verdadera improvisación?...

—Digo, si no le es molesto...

—¿Improvisar yo?... Eso sí que sería peregrino...

—Claro es que no deseo un poema; ni yo merezco tal cosa...

—¡Vamos, Nievesitas!...;—habló el elérigo.

—Usted lo merece todo;—añadió Fausto.

—Puedes formar un acróstico, con su nombre.

—¡No, por Dios, Morenito! Nada de acrósticos;—alegó el doctor, haciendo un mohín de cómico desdén.

—Dejadlo á él;—interpeló doña Pa. ca.—Sobre todo: dadle tiempo para pensarlo, al buen señor.

—Eso es justo, mamá; y si este caballero es tan amable que pasa á aquel

gabinete, allí encontrará recado de escribir; — dijo Nieves, con infantil alegría; como niña que desea no perder la ocasión de lograr su capricho.

—¡Improvisar!... ¡Qué iré yo á improvisar!...

Pero Peralba consideróse obligado á *entrar en capilla*, y pasó al gabinete. Ya en él, evocó las delicadezas de Gutierre de Cetina, y, á poco de haber extendido la vitela del abanico sobre la mesa, sonrió triunfalmente, aplicó al papiro la pluma, y escribió:

*Por fin he visto á la diosa,  
y astro y flor diré que es ella:  
cuando atardece, una estrella;  
cuando amanece, una rosa.*

Grande éxito logró Peralba, al salir—que fué prontamente—con el abanico adornado de versos.

Nieves leyó aquellos cuatro renglones, toda ruborosa y con la voz insegura.

—¡Admirable!—exclamó doña Paca, cerrando los ojos, para dar más fuerza al adjetivo.

—Son preciosos,—dijo la festejada;—solo que no pueden referirse á mí; porque ni yo soy diosa, ni estrella, ni flor... ¡Qué dulce mentir el de los poetas!

—¿Cómo?...—preguntó el padre Moreno, mirando intensamente á su amiga. Y, de seguida, dirigiéndose á Peralba, agregó:—¡Dile tú, ya que eres seglar, si es ó no es estrellita... y.....!

—¡Qué gracioso es este padre Moreno!—dijo, sonriente, doña Paca.

—¡Vamos, *señor cura!*—exclamó Nieves, aparentando una graciosa seriedad.

—No tengo yo que decir, sino que lo de *diosa* es sabido; y lo de astro y flor, poco: ¡muy poco!...

Y en aquel «¡muy poco!», asomó Peralba el estado de su alma.

Nieves sonrió dulcemente á Fausto, pagándole á peso de oro, con aquella sonrisa, el trabajo de los versos.

El padre Enrique apercibióse de las complacencias que Nieves sentía. Algo debió de pasar en su alma, pero no lo tradujo ninguna manifestación del rostro. Y, terminada la visita, salieron el cura y su amigo, dirigiéndose el primero á la iglesia y el otro á su hospedaje.





## VI



EAMOS, ahora, lo que pensaban después de la visita, doña Paca y Nieves; el padre Moreno y el doctor Fausto.

NIEVES.—(*Recordando, letra por letra, la breve composición escrita en su abanico.*) Esto de «por fin he visto á la diosa,» es lo que me intriga.

¡Por fin!... Estas dos palabras parecen el *eureka* de quien llega á una cumbre, á costa de ascensión difícil. Y ¿qué dificultades ha tenido que salvar Peralba para llegar á hacerme esta simple

visita? Yo deduzco que este *por fin* hace, en estos versos, de *cascode*, de *relleno* inexplicable. ¡Y es lástima! Porque el poeta me llama flor y estrella con una delicadeza verdaderamente excepcional.

DOÑA PACA.—(*Abanicándose ligeramente; meciéndose, como su hija, en una butaca de rejillas, y con los ojos cerrados.*) ¡Qué agradable es este padre Enrique! ¡Tiene un alma infantil! Sin embargo, *llenaba* más su puesto de párroco don Gaspar Arenas, aquel sacerdote sesudo y grave... Los párrocos deben ser austeros; sobre todo en un pueblo, donde el cura es una de las primeras autoridades. Más propio me parece para cura párroco el catedrático Peralba, que el padre Enrique. ¡Tiene una gravedad!... Lo malo es el color del pelo. ¡Si yo le dijera esto á mi hija, se reiría! Pero, la verdad es que un sacerdote tan rubio, habría de *despegarse*!...

— Mamá; — dijo Nieves, desde su

asiento —¿Estás soñando con algún ángel?...

—¿Por qué?—preguntó doña Paca, abriendo los ojos.

—Porque estás poniendo visajes de sonrisa, á tiempo que duermes.

—No duermo; pienso tonterías.

—¿Tonterías?...

—Claro. Y si te las digo, vas á reírte de veras.

—¿Qué será!...

—No; no te digo nada; porque vas á burlarte de mí.

Nieves se levantó, algo curiosa, y dirigióse á su madre, á quien besó con zalamería:

—Vamos, mamá; dímelo, ¡dímelo!



Peralba pensó muchas cosas, desde que dejó al curita en la puerta del templo, hasta que llegó el momento de comer, que fué cerca de noche. En tres ó

cuatro horas, puede producir no pocas revoluciones la rueda del pensamiento.

Sobre toda la labor mental de Fausto, flotaba su íntima complacencia por haber salido airoso del encargo poético que Nieves le cometió. Nada;—se decía;—la versificación es, como todas las demás cosas, trabajo que se subordina fácilmente á la voluntad: basta querer. Ciertó que esas pequeñas composiciones de ocasión, no prueban excepcionales aptitudes; pero también es cierto que, hasta ahora, no había yo podido vencer ni las más pequeñas dificultades de rima y ritmo, aunque diversas veces me lo había propuesto. De esto saco en consecuencia, que no hay enamorado que no resulte poeta. ¡Y lo que es enamorado, lo estoy! Mejor dicho: lo estaba ya; pero lo estaba de una ilusión hermosa, y ahora lo estoy de una hermosa realidad. Mas ¡cuán extraña ha sido la génesis de este amor!..

¡Ay! (*Suspirando*). Aquí lo malo es ese desdén idiosincrásico de Nieves, hacia todos los hombres. Y... ¡ay! (*suspirando otra vez*) también es inminente el peligro de que ella pueda suponer miras interesadas en cuantos hombres le hablan de amor.

Sospecho que ésta es una de las causas psicológicas que separan á Nieves de sus adoradores: el recelo de que vayan éstos buscando más su oro que su hermosura.

¡Y qué hermosa es Nieves! ¡Y qué dormidas ternuras se desprenden de sus miradas de diosa!... ¡Y qué discreto pensamiento revelan sus palabras! ..

Yo creí que mi corazón no era combustible: sentíalo frío, apagado; pero era, que hasta ahora no se había acercado á la llama que debía consumirle. Y esta llama lo consumirá; y yo moriré; porque Nieves, lejos de calmar el fuego que ella origina, parece gozarse—según

su historia cuenta—en ver el incendio, y en escuchar impertérrita los ayes dolorosos del alma que arde. Aquí del poeta:

«No me dejes morir; calma el infierno  
que encender en mi pecho conseguiste;  
ó cual fiero Nerón, al fuego asiste  
que tiende á devorar mi sér interno!»

\*  
\* \*

Seteando el huésped en el patio de la fonda de Curro; es decir, haciendo lo mismo que hacían doña Paca y Nievos en su florido patio; recorría, con la feliz memoria, la inmensa gama de lamentos dejada en la poesía de todas las épocas, por los sensibles amantes no comprendidos. Traía al recuerdo, versos sedantes de la lira helénica, llorando desdenes; poesías de otras modernas musas dolientes; y, como interpretaban su estado de alma, solazábase con ellas.

Su labor académica interrumpi6la un pensamiento perturbador. ¡El curital!... ¿Qué abismos había creído descubrir Peralba en el alma del padre Enrique?... Ello era que Peralba, por virtud de su característica impasibilidad, que le permitía observadora fijeza, ó por una especial escrutación, ejercitada de continuo, había notado manchas en el sol de un espíritu llamado á mantenerse puro, en la esfera de la castidad penitente.

«Pero ¡bah!—decíase, tratando de repeler la sospecha:—tal vez es *esto* un culto íntimo, dispuesto á mantenerse en el impenetrable secreto que vive y muere con el individuo. Una forma de amor, que se desarrolla en el cláustro del alma, sin trascender al mundo de las manifestaciones conscientes. Una obra eternamente inédita. El amor contemplativo, que solo perturba al espíritu que lo ex-

perimenta, sin buscar ni la correspondencia ni la revelación, pecaminosas».



El padre Moreno, cura propio de Maturana, doctor en sagrada teología, y licenciado en la facultad de filosofía y letras, había de predicar un sermón de *altura*, (como él decía) en la fiesta del patrón de Maturana.

Harto ya de contar la vida y milagros del bendito Santo Tomás de Villanueva, que los maturanenses referían más detalladamente que *El año cristiano*, decidióse á desenvolver este tema dogmático: «perdurable amor de Cristo y su Iglesia».

Buscó los tópicos de su discurso, en las fuentes de literatura teológica que nutren á esta clase de trabajos; y valióse, con oportunidad evidente, del poético *Cantar de los cantares*; ese arrullo de amorosas palomas, en que los Santos Pa-



dres, por divina interpretación, conocen la voz de Jesucristo, y la de su Esposa, hablando mútuas ternezas.

Saboreando las exquisiteces de aquellos *Cantares*, más bien sentía el padre Enrique inclinación al amor mundano, que al amor espiritual de que hablan los profetas.

«¡Qué hermosa eres, amiga mía; qué hermosa eres! Tus ojos, de palomas; sin lo que está oculto por de dentro.»

«Como venda de grana tus labios; y tu hablar, dulce. Como cacho de grana-da: así son tus mexillas, sin lo que por dentro está oculto.»

«Panal que destila, tus labios; miel y leche debaxo de tu lengua; y el olor de tus vestidos, como olor de incienso.»

«¿Quién es ésta, que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?...»

¡Ay! Estas alabanzas del varón á la hembra amadísimá, parecíanle al joven clérigo fórmulas admirables, nacidas de un entusiasmo que es dado sentir á todos los hombres dotados de alma!

«¡Qué hermosa eres, amiga mía!...»  
—repetía con fruición el padre Moreno.

Y, acaso, al musitar estas últimas palabras el sacerdote, en la soledad de su estudio, dirijáse, en alas de su imaginación enferma, á un objeto humano, que le distraía pecadoramente del divino objeto.

## VII



OR qué no durmió aquella noche el buen Peralba?

¿Por qué la hermosa Nieves pasó en vela las horas dedicadas al sueño?...

¿Por qué el padre Enrique dió tantas vueltas en su lecho, sin dormir apenas?...

Había que echarle la culpa al calor; y los tres personajes se la echaron, cuando se reunieron, á la mañana siguiente, en la capilla cuya techumbre comenzaba ya á construirse.

—Esta noche ha soplado aire Norte;

—decía el curita.—Las sábanas ardían. No he dormido.

—¿Pues y yo?...—afirmaba, interrogando, la bella Nieves de Torres.—¡Toda la noche sin pegar los ojos!... ¡Y sudando!... Luego, cuando yo me desvelo, empiezo á pensar tonterías...

—Pues yo he divertido mucho mi insomnio:—habló Peralba, con aquella sonrisa que acompañaba generalmente á su palabra suave.

—Habrá usted hecho versos.

—No, señorita: he estado pensando en usted.

—¿En mí?—preguntó Nieves, ruborizándose y plegando graciosamente el entrecejo.

También el padre Enrique plegó el suyo, y dijo, por decir algo:

—No está mal, hombre.

—Pues mire usted;—habló Nieves, con cierta resolución;—yo también he estado preocupada con sus versos. No

solo por lo bonitos y lo galantes, que de ambas cosas tienen; sino por la manera como empiezan. «*Por fin* he visto á...»

—A la diosa;— completó Fausto.

—También les sobra esa palabra;— dijo Nieves, sonriendo hechiceramente. Y añadió:—¡No parece sino que le ha costado á usted trabajo verme; y, sobre todo, que usted tenía formado propósito!...

Peralba y el párroco miráronse y sonrieron de modo significativo.

—Ese *por fin*, tiene oculta explicación; y usted, al sospecharlo así, demuestra su talento.

—Y que la explicación es curiosa;—agregó el cura.

—¿Ven ustedes?... No sé por qué encontraba yo algo extraño en esas dos palabras. ¿Quieren creer que toda la noche me han estado bailando en el pensamiento? ¡Qué fatiga! Yo procuraba dormir; pero cuando ya iba acercándo-



me al sueño, aparecían en el negro fondo de mis ojos cerrados, las dos palabritas del poeta: «por fin...»

—Nada; es preciso que se lo cuentes *todo* á Nieves. Se reirá.

—¿Todo?—preguntó Peralba.—¿Hasta las recomendaciones que doña Carlota Bellido hacía á su sobrino Pepe?...—preguntó Peralba, bajando la voz.

—Sí, sí;—respondió el cura.

—¿Cómo?... ¿De qué hablan ustedes?... ¡Ay! Yo que no lo he sido, voy á volverme curiosa por culpa del padre Moreno..., y por culpa de usted.

—Luego;—habló Fausto;—cuando vaya á tener el gusto de saludarlas, si usted y su mamá me lo permiten, les contaré...

—Sí, sí, vaya usted;—exclamó Nieves, con alegría;—vayan ustedes;—rectificó.—Charlaremos. Y me contará usted... ¡Señor!... ¿Por qué veía yo algo extraordinario en ese *por fin*?

Acercóse en este momento al grupo formado por Nieves y sus interlocutores, la bondadosa doña Paca, que arrastraba del brazo á doña Carlota Bellido; y cambiada la conversación, fuéronse todos hacia arriba, huyendo del sol.

El curita se puso al lado de las señoras mayores; y, delante, marcharon Nieves y Fausto, muy regocijados, según podía colegirse por la animación de sus semblantes y la vivacidad de su diálogo.

Entraron en casa doña Paca y Nieves, acompañadas de la de Bellido. El párroco y el catedrático despidiéronse de ellas, y fuéronse á la iglesia, en cuyo átrio hicieron una breve parada.

A poco, asomóse Nieves á su balcón, risueña, hermosa. El sol la besaba.

Pero abandonó inmediatamente aquel lugar, donde era penoso sufrir los cálidos besos de Apolo; y Peralba, exclamó entonces:

—¡Mira que es hermosa!

—Pero es terrible, «como un ejército de escuadrones ordenado;»—le respondió Moreno.

—¿Qué quieres decir?... ¿Terrible por coqueta?...

—¡No y mil veces no!... He usado una frase de Salomón, pero, en puridad, no tiene alcance la aplicación que le he dado. Créeme.

—¿Has visto sus mejillas?—preguntó Peralba.—Parecen dos granadas.

El padre Enrique completó estas palabras, que parecían miembros del consabido *Cantar*, con estas otras que repitió mentalmente: «sin lo que por de dentro está oculto».

\*  
\* \*

—¿De qué te ha venido hablando el poeta?—preguntó doña Paca á su hija.

—De lo mucho que le gusta Maturana. Es muy simpático Peralba, ¿verdad?

—¡Cómo!...—exclamó la viuda de Torres.—¿Has dicho simpático?



Las mejillas de Nieves tomaron el color de la grana.

-- Es persona muy discreta; caballero muy galante. ¡Y, además, hombre de un talento excepcional!... ¿No te parece?... Mejor dicho: ¿no os parece?...

-- ¡Hija mía! ¡Por fin te he oído elogiar á uno de los que te han hecho la corte.

-- No, Paca;—dijo la señora Bellido;— á mi sobrino Pepe, que también le hacía la corte y que se quedó prendado de ella, lo elogiaba mucho tu hija.

-- ¡Jesús, qué bromas tienes, mamá!... ¿No puede decirse nada en alabanza de un caballero, sin que *una* se exponga á parecer inclinada?...

-- ¿Y quién ha dicho tanto? Inclinada no he dicho, rica.

-- Bueno; pero lo has dado á entender. ¿Verdad, Carlota?

-- Por eso he dicho yo, que á mi sobrino le dedicaste los mismos elogios, y;

sin embargo, no creo que llegaras á inclinarte á él. ¡Por más que yo tengo mis dudas!... ¿Eh?

—¡Bah, Carlota!... Su sobrino Pepe es un joven amable y educado; pero... nada más.

—¡Ay! ¡Si vieras lo que me decía en una de sus últimas cartas! «Que no había podido desechar todavía la impresión que le produjiste».

—¿No lo digo?... Un joven educado... Esas son galanterías que me transmite por conducto de usted; pero yo no creo...

—Si te he de ser franca, hija mía, —alegó doña Paca, después de meditar un momento,—Peralba es un hombre llamado á tener gran éxito en sociedad; porque no es de estos muñecos de charla insubstancial y de maneras desenfadas. Cuanto habla se oye con agrado. Luego, tiene una posición oficial muy aceptable, porque evidencia estudios y

oposiciones. Después de todo esto, hay en favor de su persona cosas mejores: los elogios incondicionales que el padre Morenito le ha dedicado, y la carta de presentación de nuestro amigo el deán. Todo esto lo hablo yo delante de Carlota, por la confianza que nos merece y porque ha de tener por tu porvenir mucho interés, ya que te ha conocido de pequeña; con que, hija de mi alma; si tú no has de hacerte monja, para lo cual paréceme que te falta vocación, ¡y tu sonrisa me lo está confirmando!, hora es ya de que te decidas, y de que elija tu corazón. Ya sabes lo que yo ambiciono para tí: un hombre serio, de buenas costumbres, con alguna carrera, y, sobre todo, con excelente educación. Tu padre, que goce del cielo, ¿por qué me hizo feliz, sino por su educación exquisita?

—Pides mucho para mí, mamá; y la verdad es que hasta ahora, entre los

muchos jóvenes que me han declarado su amor, no he podido encontrar lo que tú quieres... y lo que yo quiero; porque, como, gracias á Dios, he nacido un poco equilibrada de cerebro, comprendí, desde que tú me lo dijiste la primera vez, que el hombre escogido para esposo debía ser tal como tú lo pintabas. ¡Ay! Pero eso es pintar como querer..., y aquí hemos hecho el retrato, sin contar con el original, y el original no sale.

—¿Que no sale? —preguntó, con ironía muy visible, doña Carlota Bellido.— Pues ¿y el catedrático?...

—¡El catedrático!... ¿Pero quién dice que el catedrático tenga, con respeto á mí, semejante propósito?...

—No, eso no, hija mía; tú eres muy lista; yo no me chupo el dedo; y á entrambas nos parece que Peralba piensa en tí.

—¡Qué quereis!...—habló la de Bellido.—Yo quisiera para Nieves *otra cosa*,

con ser muy digno Peralba. ¡Eso de pasarse la vida escogiendo, para dar con un catedrático!...

—¿Y qué?...

—¡Chica!... Tú debes aspirar á un hombre titulado; y maestrante, por añañidura. Os iríais á Madrid; haríais papel en la corte... ¡Con tu fortuna, hay para pensar en un príncipe!

—No hablemos de ochavos;—dijo severamente Nievesitas.

—¿Que no hablemos?... Pues de eso es de lo que hay que hablar, hija mía; porque el olor de los ochavos, como tú dices, atrae narices á granel. ¿Por qué crees tú que mi sobrino no te ha hecho una declaración formal?... Porque no se creyera que iba detrás de tu dinero.

—Eso es muy digno;—repuso doña Paca, para desviar la conversación. Y añadió de seguida: —Oye: Carlota, hablando de otro particular: ¿se sabe quién va á predicar en la próxima fiesta del patrón?..

—Lo ignoro, hija mía; pero me he de enterar. Y ahora, me voy á mi casa, si no quereis algo.

—No te invito á almorzar, porque Juana está hace días, entregada á los diablos. No hace bien ni un plato. Parece que ha olvidado de repente su ciencia culinaria.

—Ya es vieja la pobre,—dijo doña Carlota.—A mí me lleva lo menos diez años.

Doña Paca miró á su hija significativamente, tratando de desmentir á Carlota, con aquella mirada.

Y después, tambaleándose sobre sus pies callosos y doloridos, púsose en marcha doña Carlota, besando ruidosamente á sus amigas, y traspasando el umbral de aquel alegre y primoroso albergue.

—No me gusta que se hable de estas cosas delante de Carlota Bellido;—dijo Nieves.—Luego, es una trompeta... qué

---

ni la fama. Además, lo que he dicho es cierto: que el catedrático sea galante, no implica que *esté por mí*.

—¡Calla, tonta!





## VIII



las tres de la tarde, por no decir á las quince, acudieron á casa de Nieves, el amigo Peralba y doña Carlota, así como Pepita Alcaráz y Sofíta Blanco: aquellas dos señoritas á quienes Fausto fué presentado, la mañana en que vió á Nieves por primera y dichosa vez.

La sesión fué agradabilísima; pues Sofía tocaba regularmente el piano y Pepita cantaba aires de la tierra; cantos de procedencia árabe, que tenían un dejo sentimental y unas cadencias orientales dignas del pentágrama.

Con visible sorpresa de los concurrentes, particularizaron algo la conversación Nieves y Fausto; pero aquella no pudo lograr, á pesar de sus reiteradas instancias, que el catedrático le explicase el significado misterioso de los dos monosílabos, empleados en el principio de los versos del abanico.

—No sea usted impaciente;—decía, sonriendo. Fausto.—Ese *por fin* no puede explicarse ahora.

—¡Ay, amigo mio: parece que le gusta á usted quemarme la sangre!

—¡Líbreme Dios de tan *criminal* pensamiento..!—Contestaba, con la misma sonrisa caústica, el joven doctor.

Después de esto, se habló de la ausencia del curita.

—¿Por qué no vendrá el padre *Alegrías*?...—preguntó doña Paca.

—No sé;—contestó Peralba;—á mí me dijo que aquí nos veríamos.

—Pues entonces, ya vendrá;—añadió la de Bellido.

En un momento en que Pepita Alcaráz y Sofía Blanco se hallaban junto al piano, ó, mejor dicho, separadas de los demás personajes, murmuraron entre sí, de esta suerte:

SOFÍA. (*Aparte á Pepa*) Me parece á mí que Nieves *cae* de esta hecha.

PEPITA. Si, pero *él* se me antoja un *cuco*. Con *éste* no hace *esa* lo que con los *otros*.

—

—Ya no le voy á pedir á usted más, que me explique los versos; —dijo Nieves, fingiendo enojo.

—Pero... ¡si eso es largo de contar!... y, además; que estando aquí Carlota, habría que suprimir algo muy gracioso.

—¿Sí?... Más me intriga usted. Tiene usted la llave de mi curiosidad.

—Usted tiene *un llavero* de muchas cosas mías.

—¿Un llavero?... También eso merece explicación.

—Que yo me obligo á dar.. á su tiempo.

Sofía ejecutó delicadamente la Tarentela de Raff, y los concurrentes no hablaron palabra, atendiendo á aquel bello trozo de música.

Nieves y Fausto, callaron también con la lengua; pero no así con los ojos. Pepita Alcaráz, que era *lista y media*, como ella decía, cazaba aquel diálogo de las miradas y traducía una palabra que en él parecía repetirse mucho: aquella palabra era, *amor*.

Volviendo Nieves sobre el tema de la historia inédita; de aquella historia del *por fin*, que la tenía curiosa, díjole Peralba:

—¿Sale usted mañana á paseo?... Pues si me honra accediendo á que la acompañe, le contaré...

—¿Interesará también á mi madre la

explicación?—preguntó Nieves, fijando sus hermosos ojos en Peralba.

—¡Psh...! ¡Acaso!... Pero...

En este momento sonó el timbre de la cancela. Juana, la hija del *Coquino*, tomó un recado que traía el sacristán de la parroquia, y transmitiólo á la señora de la casa.

—De parte del señón Cura, que lo perdone su mercé, porque no ha venío: que está con la jaqueca.

—¡Pobre Morenito!...—exclamó suavemente Peralba. —Será preciso ir á verle. Las jaquecas son temibles. ¡El calor!... Y luego, como está *engolfado* en su *sermón de altura*...

—¿Para la fiesta de Maturana?...—preguntó la viuda de Torres.

—Sí, señora.

—Vamos;—dijo Carlota Bellido, dirigiéndose á doña Paca;—ya sabes quién va á predicar en las fiestas de Santo Tomás.

—¿Qué tiene usted, Nieves? — preguntó Peralba, en voz baja.

—Estoy enfadada con usted;—replicó la hermosa.

Por el pronto no contestó palabra el catedrático; pero, poco después, mirando receloso á los demás, y aprovechando un momento de distracción, dijo con voz sutil:

—Esta noche puedo contarle la historia.

—¿Dónde?—preguntó Nieves, á tiempo que se coloreaban sus mejillas.

—En la reja.

Nieves se levantó súbitamente, sin responder; tratando de disimular, con aquel acto, la impresión que le habían producido las palabras de Peralba; y éste quedóse perplejo, entre el temor de haberse extralimitado y entre la idea consoladora de haber dado una cita á tiempo.



Al salir de casa de Nieves, fué Peralba á la vivienda del padre Enrique. La casa rectoral estaba contigua á la iglesia; y aunque era de fábrica más moderna que el templo, comunicábase con éste por la parte de la sacristía.

El sacristán y su mujer, con cuatro muchachos traviesos y mal vestidos, hijos de aquel matrimonio, ocupaban la planta baja de la vivienda. En el piso superior estaban las habitaciones del párroco, á quien cuidaban y asistían el sacristán y su esposa.

Subió Peralba al cuarto del sacerdote y halló á éste recostado en una butaca de rejillas.

—¿Qué es eso?...—preguntó Fausto, al entrar.

—El jaquecazo, hijo mío. Siéntate.

El catedrático ocupó una silla, con asiento de paja, después de dejar el sombrero *Panamá* en otra silla, y preguntó:

—Oye, Moreno: ¿qué *tapones* son esos de las sienes?

—Dos ruedas de patata.

—¡Concho!...

—Esto es muy eficaz para el dolor de cabeza. Se toma una patata; se corta en ruedas, como el salchichón; se aplican dos pedacitos á las sienes, y la frescura del tubérculo, calma el dolor.

—¡Admirable!... ¿Y ese medicamento de qué botica es; de la de *Calomarde* ó de la de *Mendizábal*?...

—Calla, bromista. Y dispensa que cierre los párpados. Así, podré hablarte; con los ojos abiertos, no; porque me dan mareos.

—Bueno; pues oye este consejo, curita: tira las ruedas de patata y manda á la botica liberal, ó á la reaccionaria, por diez céntimos de sulfato de sosa.



—No; eso me pasa á mí, en el verano, muchas veces. Se me quita cuando duermo.

—Entonces, adiós; no quiero privarte de tan hermosa medicina: duerme.

--¿Dormir?... ¡Bah!; no podría... Siéntate, hombre, y dime algo... ¿Le has contado ya á Nieves la historia del *por fin*?

—No: estaba allí doña Carlota Bellido...; estaban, también, las muchachas de Alcaráz y de Blanco..., que no sé de qué familia son.

—Una, es hija del juez de primera instancia; otra es sobrina del registrador. Muy simpáticas. Sobre todo, la Sofíta. ¡Esa; esa sí que es una novia buena para tí! Muchacha seria; pianista notable; con algún dinerito... ¡Y sin coquetías de ningún genero!

—Vamos; esa «no es terrible como un ejército» ¿verdad?

—Esa nó. Por más que *lo del ejército* no lo dije yo aludiendo á *nadie* ¿eh?

—Bueno: pero Sofía no es posible para mí, padre Morenito.

—¿No te gusta?

—¡Ay; Enrique! ¡Estoy enamorado perdidamente de Nieves! ¡No tengo á quién confiarle este secreto, más que á tí!. Los enamorados necesitan comunicar su amor á alguien. ¿Quién mejor que tú para depositario de esta confesión?....

—¡Vaya por Dios! —exclamó el sacerdote, abriendo los ojos é incorporándose.—Veo, hijo mío, que va á pasarte como á los demás. Esa picaruela tiene arte exquisito para engreir á los hombres. Pero, ¡cómo se los lleva *en el pico!*... Y luego...

—¿Qué? Acaba.

—Nada: que hace concebir esperanzas, por el gusto de defraudarlas.

—¡Por fin confiesas! Antes parecías negarlo. Pero hasta el mayoral de la diligencia me repetía que Nieves *se deja*

*querer*, solo por el gustazo de chasquear á sus cortejos. ¡Pues ese juego es peligroso!... ¿Sabes? Sobre todo, cuando se dá con hombres serios...

—Como tú. Pero... ¿ella te anima, de algún modo, á su conquista?

—¡Hombre!... Te diré: si yo no estoy ciego, con la ceguera que suelen padecer los enamorados, veo que Nieves oye con atención cuanto digo; que sonrío benévolamente cuando le dirijo alguna lisonja; que...—¡dicho sea con la mayor reserva!—usa del *flirt*, aunque un *flirt* honesto y que solo dá idea de una simpatía que, acaso, no exista.

—Mira, Fausto: los adoradores de Nievesitas, han propalado ya, *urbi et orbe*, que esas benevolencias y esas sonrisas y ese *flirteo*, como decís los cultivadores de verbo tan mundano, lejos de significar amor, significan odio á los hombres.

—Ten cuidado, que se te caen las ruedas de patata.

—El alcalde de Maturana tiene un hijo, que es, como persona física, un Adonis. Intellectualmente, es Paquito—que así se llama,—un poco arrimado á la cola; pero en cambio tiene dinero y se dá por lo aristocrático, y apenas vive aquí; pues desde que acabó la carrera de Derecho pasa en Madrid los inviernos y en Aracil los veranos. Pues bien: Paquito se dedicó á Nieves; animóse, porque se creyó correspondido; ya que la muchacha hacía todas esas cosas que tú dices: *flirt*, sonrisas, etcétera. Bien: pues Paco le pidió cierta vez, á Nieves, una cita por la ventana. Ella se la concedió. Y aquella tarde, antes de la hora convenida, Nieves tomó el *tole*, con su madre, y se fué á una posesión que tiene en la sierra. Después de este desaire, combatió un poco más el pobre Paquito; pero Nieves, sin descorazonarle, sin despedirle, le aburrió la paciencia; hasta que, viéndose ella estrechada por el muchacho, tuvo que decir *sí ó nó*.

—¿Y qué dijo?

—Que nó. ¡Cualquiera sabe qué clase de candidato desea Nieves para esposo!

—Ello demuestra que Nieves, acaso por una cristalización de su amor propio, se considera superior á cuantos hombres la requieren.

—Cabalmente: este es un curioso caso de egolatría, como ahora se dice.

Echó la cabeza hacia atrás el clérigo, apoyando la cerviz en el respaldo de la butaca; cerró los ojos y respiró con fuerza.

—¿Ves, Enrique? .. Tú vas á empeorar con mi charla. Te dejo. Adiós; —dijo, levantándose, Peralba;—y quedamos—añadió—en que Nieves «es terrible como un ejército de escuadrones ordenado.» ¿Es así como lo dice el *Cantar de los Cantares*?

—Así, guasón.

—Adiós, *pater*. ¡Y que te alivies!...

—Vé con el sagrado Corazón de Jesús.

—Quédate con Él; y hasta la vista.

Peralba se fué; y el padre Moreno, oprimióse con los dedos índices y cor-diales ambas sienes, que latían con fuerza congestiva.

## IX



RAN poco más de las seis, cuando Peralba, muy arrellanado en un asiento de mimbres, que al descanso convidaba en el patio de la fonda, leía los periódicos que el cartero le trajera por la mañanita.

Sintióse, á poco, en la calle, el rodar de un vehículo, más el tintineo de cascabeles y los chasquidos de un látigo. Inmediatamente entró en el patio la parlanchina Salud, cantando este significativo himno de alabanzas, que alarmó no poco al huésped.

—¡Ahí va la diosa de la hermosura! ¡Vaya una jembra, don Fausto de mi arma! Va, que llena el coche. ¡Pero qué realeza tiene! ¡Y aluego, qué llana es con los pobres!... M'ha dicho, haciendo asína con la mano: «¡adió, Salucilla!...»

—Pero ¿qué jerigonza es esa?.... ¿Quién va ni quién viene?...

—¡Pos quién ha de ser, sino doña Nieve, que ha pasao en su coche pa la finca de la sierra!...

—¿Eh?... ¿Cuándo?—preguntó Peralba, levantándose y poniendo iracundo el ceño.

—Ahora mesmito. ¿No ha sentiósté el jaleo?..

—Pero. . ¿usted está segura de que?... ¡Bah! ¡No puede ser!

—Si señó; por la calzá del castillo arriba va juyendo el coche; aluego bajará por la cuesta de la *Mochila*; después tomará el recodo del *Sastre*, y *jala jala*, hasta el cortijo.



Peralba cojió malhumorado los periódicos; retiróse á su cuarto; desembarazóse de la americana y del cuello; y, en mangas de camisón, y abriendo de par en par la ventana, que daba al campo, arrojóse desalentadamente sobre el lecho, y comenzó á elaborar estas conjeturas amargas.

«¡Hola! ¡Con que se vá!.. ¡Con que pretende hacer conmigo lo que ha hecho con los otros! ¡Ah, necio y bruto de mí!... Pero ¿qué finalidad persigue esta hermosa y terrible mujer con tales procedimientos?... ¿Será su alma tan mezquina, que solo experimente gozo cuando otra alma sufra?... ¡Quién sabe! Por de pronto, voy aprendiendo, experimentalmente, que la cara no es el espejo del alma.»

«¡Se vá!... ¡Y después de ..! ¿Después de qué? En rigor, ella no me ha dado cita ninguna; yo he sido quien, impremeditadamente; respondiendo á un im-

pulso que no supe vencer, me atreví á indicarle lo de la reja. Pero ¿ella se comprometió acaso?... ¿Accedió?... Pues si nó accedió, nada ha hecho conmigo que pase de lo justo.»

Peralba se incorporó y siguió pensando:

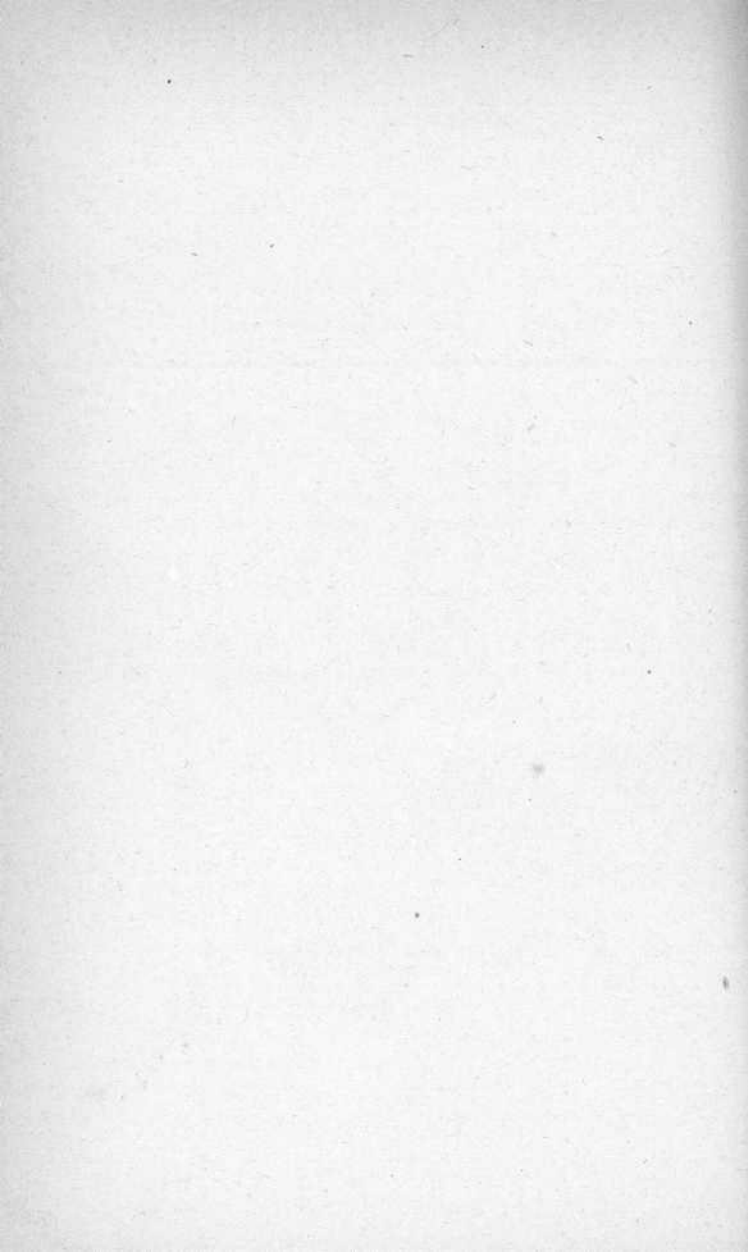
«Ya creo, no obstante, que todos tienen razón: que Nieves es una formidable coqueta; pero ¡anda! que en su culpa lleva su castigo. ¿Qué porvenir le espera á esta hermosa mujer? No le aguarda la dulce *soledad de dos en compañía*, que dijo nuestro viejo poeta; sino la soledad de uno, que es fría en todas las estaciones de la vida.»

Sentóse en el borde de la cama y meditó así:

«Está visto que todos los hombres somos iguales: unos ilusos á quienes hace optimistas el amor propio. Es indudable, pues, que aquellas palabras amables de Nieves; aquel *flirt*, de que yo me

enorgullecía, y aquel distinguirme aparentemente, no eran sino resultantes de una conducta maliciosa y cruel: el manejo sutil de la coqueta *que chasquea á Cristo padre*;—como decía bárbaramente el mayoral;—*que pone la carita de sonrisa, y que, cuando los gachones están más colaos, hace ¡pum! y los sienta.*»

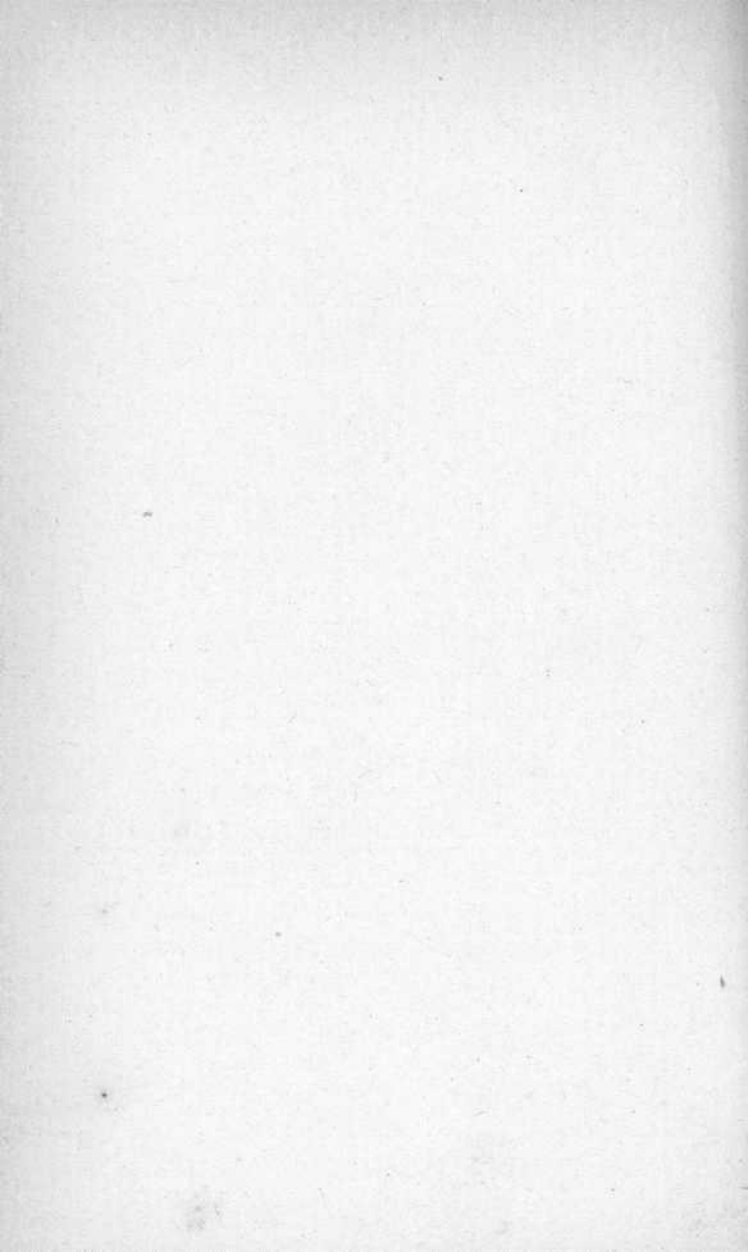
Peralba sonrió ante el recuerdo de aquella graciosa dialéctica, y se puso de pié.




LIBRO TERCERO

—

"¡POR FIN!"



# I

 ESPUÉS de haber comido, dirigióse nuevamente el doctor Fausto á la casa rectoral, ganoso de hablar de *su asunto*, más que de preguntar por la salud del cura.

Habíase mejorado mucho el padre Moreno: con un pediluvio y una taza de café, bastante denso, logró la normalidad ambicionada.

—Ahora iba yo á ir á tu casa; pero ya que has venido, asistirás á la tertulia de *noctámbulos* que se forma en el atrio de la iglesia;—dijo el sacerdote.

—No, querido Enrique: recuerdo que la fiebre me repitió, por aquella temeraria asistencia á tu tertulia.

—Es verdad. Pero ya estás curado.

—Sí, lo estoy; pero no hay que abusar. Ahora lo que pienso hacer es,irme á mi tierra.

—¿A tu tierra?... ¡Cómo! ¿Abandonas el asedio?...

—¡Ca! El asedio... es el que me abandona á mí.

—¿Hay algo? Cuenta.

—Hay,—contestó Peralba, sonriente y atuzándose el dorado bigote,—que Nieves me ha tomado por el hijo del \_alcalde\_ y se ha ido, ha pocas horas, á su posesión rústica; después de...

—¿Después de qué?...

—Después de decirle yo que quería hablar con ella por la reja.

El padre Enrique no pudo contener la risa; pero una risa que salía á borbotones por sus labios.



—¿Te hace gracia, verdad?...

—¡Es coincidencia!... Después de lo que te referí... Esa muchacha es terrible...

—Sí; como el escuadrón de marras; pero la verdad es que eso no está bien.

—Pues, hijo, no me he dado cuenta del viaje. ¡Y eso que estamos enfrente! ¡Pero ha sido la mia una gran jaqueca!... ¿Conque tú le suplicaste una entrevista por la reja?... Eso es curioso.

—Sí; tuve esa debilidad.

—Y ella te diría, como si lo oyera: «á las ocho;» que fué lo que le dijo al pobre Paquito.

—¡El pobre Paquito! ¿Eh? También seré yo ahora *el pobre Peralba*: aunque debo advertirte, que Nieves no accedió á mi cita.

—¿Qué dices?

—Ni dijo que sí, ni que nó.

—¿Y tú pensarías, que el que calla otorga?

—Pero ahora pienso, que hay muchas maneras de tomarle á uno el cabello.

—¡Cómo ha de ser!... Paciencia con los contratiempos de la vida. El enemigo se mezcla en todo.

—¡No está mal enemigo!

—Sin embargo; quién sabe...—dijo el padre Enrique;—¿y si, verdaderamente, han tenido que ir doña Paca y su hija al campo?...

—Sería casualidad.

—¿Tú no dices que Nieves te miraba de modo significativo? ¿Que parecia regocijarse con tus palabras?...

—¡Hombre!... ¿He dicho yo tanto?

—Creo que sí.

—Puede ser; los hombres somos iguales: unos estúpidos: *Me colé*, como dicen por el Sur.

—Después de todo..... ¡quién sabe, querido Peralba!..... Acaso una circunstancia imprevista.....

—Bien, admitamos la hipótesis de que ese viaje ha sido indispensable. Pero... ¿y los antecedentes?... ¿Y el nó contestar ni bueno ni malo, cuando le propuse la cita?..... ¿Y.....? ¡Qué se yó! Esta tarde, querido Enrique, he tenido la suerte de que caiga la venda de mis ojos: he visto claro. Nieves; la incomparable diosa, de quien yo me he enamorado lastimosamente, no me quiere para dios *consorte*.

—No he de rebatirte esa creencia; tú tienes talento sobrado, Peralbito, y, tal vez, has puesto el dedo en la llaga. Participo de tu sospecha, como ya creo haberte insinuado; pero no he querido hablarte con claridad, antes de este momento, por que me daba pena arrancarte una ilusión.

—¡Bah! ¡Qué tontería!..... ¡Si yo soy *muy fresco*! Hubiérasme dicho tú que no me acercara; que tenías la certeza de que Nieves es una *malasangre*, y yo me hu-

biese marchado de Maturana tan impasible por dentro, como parezco impasible por fuera. Yo realizo prodigios con el corazón, Enrique: hago con él, como hacen los padres severos con los niños que se encaprichan y lloran á gritos por un juguete. Así como estos padres cojen á sus hijos y les dán azotes, hasta que callan y dejan de pedir lo deseado, así le doy yo cuatro sopapos á mi corazón y le digo: «á callar; no hay novia; á callar.»

—Cuando el amor no tiene grandes raíces, domina la voluntad fácilmente al corazón;—habló el cura.

—Es que yo.,—no quiero ocultártelo,—he llegado á interesarme profundamente por Nieves.

—Sí; no lo dudo: cuanto es posible interesarse en siete ú ocho días por una mujer. Por que—¡ay Fausto!—el amor no puede ser tan grande cuando nace, como cuando se desarrolla; porque to-

dos los afectos, aun *estos* que van paralelamente acompañados por el deseo de la posesión física, se agrandan; se perfeccionan, por decirlo así, con el trato, que permite la observación continua, que descubre las gracias ocultas: que produce la mútua confianza. De manera que, á veces, se infiltra el amor en el espíritu y en él arraiga, más por la eficacia del arrimo constante, que por la impresión mágica del primer momento. Esto es lo que yo he oído decir del amor; y tú, que lo has probado, sabrás decirme si es ó nó equivocada mi noticia.

Lo que pensó Peralba de este breve, expresivo discurso, no lo dijo: por aquello de que, á veces, son más cobardes los lábios que el pensamiento. Empleó, pues, el catedrático su ciencia mundial, en desviar, por el momento, el tema del diálogo; lo cual logró de seguida.

Y, más tarde, se despidió Peralba del padre Moreno y retiróse á la fonda, mo-

hino y despechado; proyectando regresar á su tierra muy pronto y arrepintiéndose de haber hecho *el oso*, por vez primera en su ya madura juventud.

## II



o bien entró en casa de Curro, cuando le dijo la parlanchina Salud, que había una carta para él.

«De mi madre»;—pensó Fausto, con regocijo, sin darse cuenta de que el correo no se repartía en Maturana tan tarde, puesto que, llegando á las doce de la noche, sobre poco más ó menos, salía el cartero muy de mañana á distribuir la correspondencia.

Salud, que había entrado en el comedor, á recoger la carta, para entregarla al

huesped, salió y dijo á Peralba, con elocuente sonrisa:

—Vaya, señorito. ¡Y qué suerte merecía, es la de usted! Naide ha recibido, en Maturana, letras de doña Nieve.

—¿De doña Nieves?... —preguntó Peralba, arrebatando la carta de manos de Salud, y rompiendo el perfumado sobre, con mano trémula.

Entró el catedrático en el comedor, donde había encendida luz, y leyó aquella misiva con interés. Así decían sus renglones:

«Distinguido amigo: una circunstancia imprevista nos obliga á ir, inmediatamente, á nuestro cortijo del *Tesorillo*.

Como he participado á mamá que usted me había ofrecido venir esta noche, á hacernos grata la velada, me ha encargado que, en su nombre y en el mío, dé á usted las más eficaces disculpas; pues sería para nosotras sensible que, al llegar usted á esta su casa, no nos



hallase en ella, y que pudiera atribuir tal ausencia á un desaire, impropio de nosotras é indigno de usted.

Hasta la vuelta, que, Dios mediante, será mañana, se despide de usted atenta amiga, *Nieves de Torres*.»

Pintóse el alborozo en el semblante de Peralba: toda la amargura de que rebosaba su alma tornóse miel; y pensó, con un alto sentido práctico de la condición humana, que en el corazón de los hombres, por ley de exquisita sensibilidad, se producen las mutaciones del desengaño ó de la ilusión, con los más fáciles actos de la mujer amada.

Aquella noche comió Peralba con verdadero apetito; y mientras despachaba las viandas, que nunca le parecieron tan agradables, glosó mentalmente la carta de la hermosísima Nieves, en cuya epístola leía él, entre líneas, los más halagüenos conceptos y las más celestiales promesas.

Desistió de la idea de partir: Maturana le atraía ya. Maturana era, no solo el puerto de salud á que había llegado náufrago; era el atrio de la gran casa de su porvenir y de su dicha. ¿Qué más prueba necesitaba Fausto, de la feliz disposición de espíritu en que Nieves vivía con respecto á él? No era, aquella, la carta de una señorita educada, que busca urbanas disculpas á su ausencia; era la misiva que contenía, bajo el lenguaje discreto y convencional, esta agradabilísima formula: «no creas que me voy para evitar nuestra entrevista por la reja: un caso imprevisto me obliga á abandonar el puesto, donde me proponía aguardarte. He desairado á muchos hombres, porque no me habían inspirado el afecto que tú. Por si pensabas marcharte, creo oportuno decirte que vuelvo mañana. *Postdata*: á tí no pienso darte con las hojas de la ventana en la nariz.»



¿Es extraño que este júbilo, agrandado durante el insomnio, embargase las potencias psicológicas de Fausto, á la siguiente mañana?

¿Es extraño, también, que cuando rebosa el júbilo se expandiese y trate de inundar los corazones más próximos?

Esto se pregunta, para disculpar un tanto la prisa infantil con que, al día siguiente, comunicó Peralba, á su amigo el párroco, los síntomas de felicidad que le mostraba la suerte.

Pero del optimismo de Fausto no participó el curita; pues éste, despues de meditar un poco, dijo las siguientes sesudas palabras:

—No te fies, Peralbito; no te fies. Aunque la carta esté concebida en los

términos que dices, no veo yo, á través de ella, nada que traspase el límite de lo corriente en sociedad. ¿Tienes ahí la carta?... ¿Quieres que la lea?...

Peralba, por toda respuesta, sacó el breve pliego, color celeste, y lo entregó al padre Enrique. Éste acercóse el papel á la nariz y aspiró el perfume con delectación.

—¡Qué fino aroma!... Este es uno de los quinientos mil recursos del diablo: el perfume;—dijo Moreno, con su típica charla regocijada. Y, de seguida, desdobló el plieguecillo y leyó para sí.

Cuando acabó la lectura de aquellos renglones, trazados con letra angulosa y aristocrática, dijo el párroco:

—Hijo mío; aquí para *internos*: me ratifico en lo que te dije. Esto no prueba, sino una educación esmerada; y, más que eso, el cuidado de parecer bien; es decir, el afán de que tú, al hablar de Nieves, proclames que, además de her-

mosa, es educada. En cuanto á *esto* de haber ella manifestado á su madre que tú irías de visita por la noche, más bien veo yo estotro: «¿qué se ha figurado usted, señor Peralba? ¿que yo había aceptado con usted la complicidad de la cita?... ¡Pues está usted equivocado de medio á medio; porque, antes que sigilar á mi madre el propósito de usted, se lo he revelado; y si usted se hubiese acercado á mi reja, se habría encontrado con que yo no le esperaba sola, sino con mamá, para quien no uso de tapujos ni secretos.» Veo, querido Fausto, que no te halaga mucho esta consecuencia que deduzco: pero es natural que yo vea las cosas más claras que tú, porque las juzgo libre de todo prejuicio.

—No; libre de prejuicio, nó. Tú tienes la convicción de que Nieves es una coqueta contumáz—¡no lo niegues, Enrique!—y en todos los actos de esa muchacha, has de ver siempre algún sínto-

ma que acredite su espíritu indiferente, su voluntad tornadiza, su egoismo punible.

—¡Lejos de mi ánimo ofender yo á Nieves!... Y menos, cuando creo que no es capáz, conscientemente, de hacer daño á ningún nacido. Pero ¿no pueden depender esa aparente indiferencia y ese probado desvío de una causa eficiente?...

—¿Qué causa?...

—Aceptemos, por un momento, que Nieves no ha encontrado, en ninguno de sus adoradores, el hombre por quien suspira su alma.

—Aceptado. Entonces ¿tú crees que cuando Nieves *halle á su hombre* no le rechazará, como ha rechazado á los otros?

—Lo creo.

—¡Ay, Morenito! ¡Pues ahora deseo saber, si, por uno de esos decretos inexplicables de la suerte, soy yo el hombre á quien Nieves no rechazaría!

—Dios, y nó la suerte, es quien permite las cosas.

—Dios, entonces, puede habérmela dado.

Púsose un instante serio el padre Enrique, pero de seguida sonrió y dijo, con su característica gracia:

—Pues hijo mío: á quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.







### III



OR un buen confidente se sabe, que, al mediodía, presentóse el padre Moreno en casa de doña Carlota Bellido: aquella señora de pies torpes, cabello teñido, charla perenne y sobrino cursilón.

Solía el párroco visitar á la buena señora, y, á otras muy distinguidas señoras de Maturana, con la diplomática finalidad de que nadie pudiese sacarle tiras del pellejo, como se las sacaran si visitase solamente á doña Nieves y á su madre.

La tía de Pepito, regocijóse mucho de tener con quien murmurar; y aunque la murmuración es pecado, dícese que el padre Moreno ayudó, no poco, á la remozada señora en su entretenido trabajo de *tijera*.

—Vamos, padre: ¿qué me cuenta usted de su amigo y de Nieves?

—No sé nada;—contestó el sacerdote, aparentando la mayor ingenuidad.

—¡Vaya!... No es posible que usted esté en ayunas de lo que pasa. Esa sonrisa me lo demuestra.

—¿Pero usted se refiere á sospechas, ó á noticias exactas?

—Me refiero á que su amiguito se va á llevar, *con sus manos lavadas*, lo que todo el mundo creía imposible de llevarse.

Comprendió el padre Enrique, ante la firmeza con que hablaba doña Carlota, que ésta sabía nuevas interesantes; algo que ella podría referir si él establecía el período de las mútuas confidencias; por lo que, dijo así:

—Mire usted, Carlota: yo no he de ocultarle que me consta el enamoramiento de mi amigo Fausto: pero de ahí á llevarse, ni con manos lavadas ni sucias, á Nieves de Torres, hay, á mi entender, una grandísima distancia.

—La distancia que existe entre el dedo y la uña, padre.

—¡Qué maliciosillas son ustedes las señoras!... De ocho, sacan diez y seis.

—¡Y se queda usted corto!... Pero ¿qué podré yo decirle que usted no sepa? Demasiado habrá usted comprendido que Nieves está loca por Peralba.

—Repito,—habló el sacerdote austeramente,—que no sé nada de eso. Usted que lo afirma...

—Yo... Mire usted, padre Moreno; como tengo confianza en usted, se lo voy á decir; pero ¡que no salga de nosotros!

—¡Por Dios, Carlota! — exclamó el clérigo: y preparóse á oír aquellas noticias, para él amargas.

—Pues sé, de buena tinta, que Nieves está enamorada del señor Peralba. He oído de sus propios labios la revelación, casi concreta, de este amor. Lo cual me ha enseñado una cosa, que yo no había aprendido en mi vida: bien es verdad que no soy tan vieja para haber podido verlo todo. He aprendido, pues, que no hay coquetas; mejor dicho: que no hay almas capaces de conservar su rebeldía contra el *dios amor*; porque cuando éste saca una flechita de su *carcax* ¿no se dice así?... y dispara, es inútil toda resistencia. No creí yo que en Nieves prendiera tan pronto la consabida flecha: todos suponíamos que envolvía al corazón de la hermosísima coqueta una coraza espesísima de acero. ¿Verdad, padre?... Pero nos habíamos equivocado.

—Es que, todavía, no ha hecho ninguna declaración Peralba á Nieves.

—Y eso es lo que trae de mal humor á la interesada.

—¿De mal humor?

—¡Ya lo creo! ¡Enseguida se me escapa á mí lo que pasa *por dentro* de mis amigas. Yo observo, ato cabos, formo mi composición de lugar, y... ¡que vengan luego á decirme esto ó lo otro! Nieves ha caído en la trampa; y ¿á que no sabe usted lo que le ha hecho caer?

—¡Qué se yo! —respondió, desconcertadamente, el padre Enrique.

—Pues, aparte de los méritos indudables de su amigo de usted; aparte de su aspecto, que es recomendable—aunque á mí *no me han resultado* jamás los hombres bermejos—yo entiendo que esa frialdad, esa *guasita*, como aquí decimos, del señor Peralba, es lo que ha metido en el *toro* á Nievesitas.

—¡No comprendo!...

—Ella está acostumbrada, á hombres vehementes que la han perseguido con calor, que han jurado matarse si no conseguían su cariño, ó matar á sus ri-

vales, como decía Paco, el hijo del alcalde, sintiendo, ó fingiendo, acaso, la desesperación, Pero este Peralba, con su calma chicha, con su sonrisa burlesca, ¡porque eso no me lo puede usted negar: la sonrisa es burlesca! ha dado á entender, por lo menos, que por Nieves no tenía gran interés. ¡Y esto ha sido bastante para que Nieves caiga de cabeza!

—Pero .. ¿usted está segura?... ¿usted, con la mano puesta sobre su corazón, puede afirmar que Nieves ama á Fausto?...

—Puedo afirmar, que he sacado esa consecuencia. Y si se me apura, podré decir que *creo estar en lo firme*. ¡Nada, padre, habrá boda: una boda, que formará época en los anales de los desposorios maturanenses!

El padre Enrique bajó la cabeza y musitó románticamente:

—Hágase la voluntad de Dios.

Doña Carlota contestó, más picareza que piadosa:

—Amen.

Y, como si aquella conversación no fuese muy del agrado del cura, miró éste la esfera de su reloj, levantóse súbitamente del asiento, y despidióse de doña Carlota Bellido.



El padre Enrique, al penetrar en la casa rectoral, no subió á sus habitaciones; se dirigió á la iglesia, por la sacristía, que comunicaba con dicha casa. Encaminóse á la capilla del Sagrario, donde ardía la lámpara de ritual, delante de la hornacina cerrada, en cuya aurífera puerta lucía un relieve del Divino Cordeiro.

Al abatirse de hinojos, el párroco, se oyó el choque de sus rodillas con el suelo. Delante de aquel tabernáculo, que encerraba á Dios, oprimióse la frente con la mano derecha, el padre Moreno, y entregóse á una meditación redentora: á un saludable exámen de conciencia. En el mar tempestuoso de las pasiones, naufragaba un alma. La luz del sagrario mostraba, en puertos de bonanza espiritual, la única salvación posible. «Porque en el seno de Dios están todas las alegrías y todas las compensaciones,» como dijo el profeta. Porque nuestro socorro está en el Señor: «adjutorium nostrum in nomine Domini.»

. . . . .

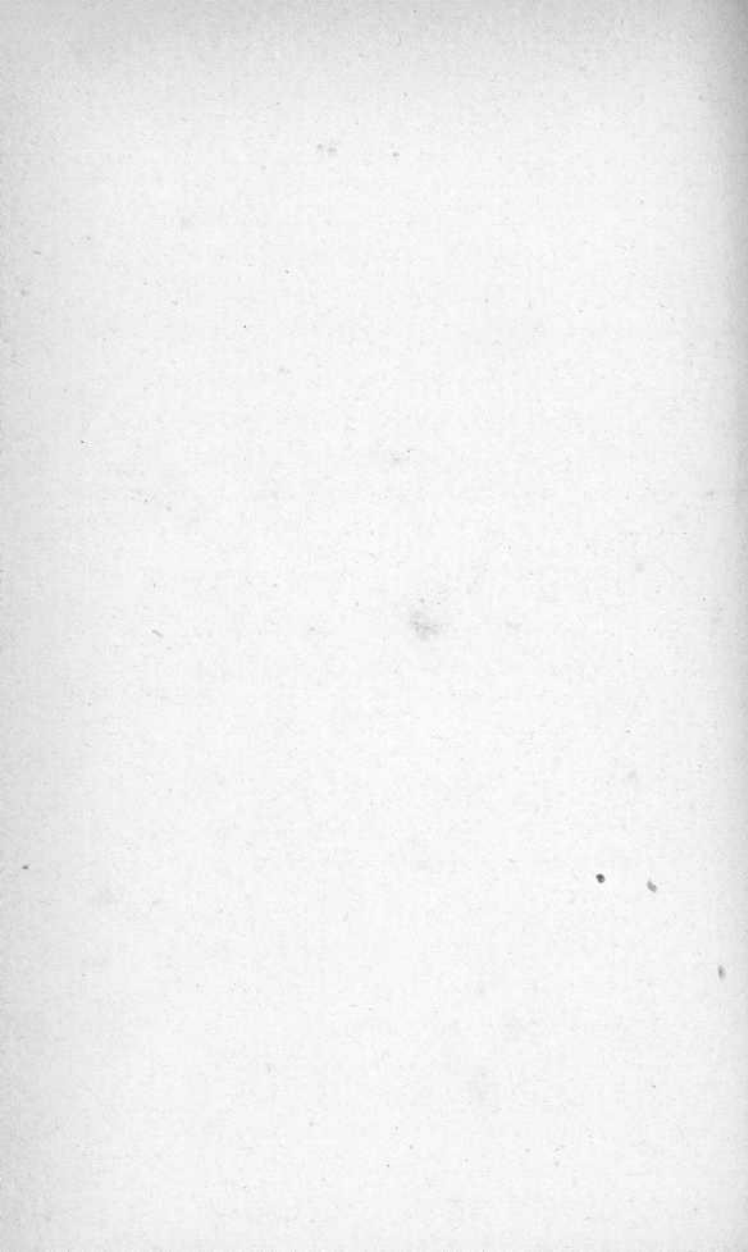
\*  
\* \*

Mucho tiempo estuvo de rodillas el sacerdote. Cuando se levantó, tenía la cara pálida y enrojecidos los ojos.



Subió al piso, donde estaba situada su vivienda; despojóse del sombrero y de la esclavina; desabrochó la sotana, por su parte superior, y quitóse la tirilla almidonada, que le sofocaba no poco. Luego se acercó al balcón, descolgó una jarra rezumante, que pendía del umbral, y, aplicando, con ansia de hidrópico, los secos labios al borde del fresco recipiente, bebió.

Poco después tomó su *breviarium romanum* y dedicóse al cotidiano rezo, sentado junto á una ventana en que dulcificaba la intensa luz del día una cortina roja que, levemente, acariciaba la brisa.



#### IV



ERCA de noche, se presentó el joven párroco en casa de Peralba. Este acababa de comer y se disponía á salir.

—No quiero contrariar tu propósito,—dijo el curita á su amigo.—Puesto que ibas á salir, vámonos juntos: así como así, esta es la mejor hora de pasear. ¿Quieres que demos una vuelta?

—Como gustes;—respondió Fausto, echando el brazo, por la espalda, á su amigo, y saliendo con él.

—Ya han regresado Nieves y su madre;—habló el padre Moreno.

—¿Cuándo?

—No hará una hora.

—Entonces... Esta noche, no debemos ir á visitarlas ¿verdad?

—Será oportuno dejarles tiempo para el descanso. Pero, querido Fausto: nosotros no perderemos el paseo. Hemos de hablar de cosas que te interesan.

—¿Si?... Pues da principio, cuando te plazca; aunque sentiré que trates de nublar el cielo de mis ilusiones. ¿Te gusta la figura?...

—No, hijo mío: esa clase de metáforas está ya mandada recoger; y mucho más en nuestra conversación; pues en verdad te digo—y acepta el giro evangélico—que ahora no he de empañar con nubes ese cielo de que me hablas.

—¿Ese tono solemne?...

—Sale de mi corazón. Oye: Dios ha querido que Nieves, esta vez, sienta amor por el hombre que ha fijado en ella sus ojos.

— ¿Cómo?... ¿Qué hablas?...

— Me consta, querido Fausto, que nuestra amiga no quiere hacerte objeto de ningun desaire. Mi deber, pues, es imponerte de la verdad; y es obligación mía, también, si en ello ves alguna ventaja, ayudarte del modo que te parezca más eficaz. Sé que Nieves sería feliz contigo y tú feliz ¡muy feliz! con ella: yo haría, pues, una obra agradable á Dios, patrocinando estos amores.

— ¡Enrique!... Lo que me dices, me llena de extrañeza y de alegría.

— Nada te extrañe.

— Es que tú dudabas...

— Ya no dudo. Nieves te ama; ¡te ama!

Peralba creyó descubrir alguna emoción en el acento de su amigo; pero guardó prudente silencio.

— Te ama; — repitió el cura, después de una pausa; — y teme, acaso, que vuelvas á tu tierra sin comprender este amor.

—Me dejas perplejo, buen Enrique. Tu opinión ha cambiado radicalmente. Sé franco, amigo mío: ¿á qué obedece esto?

—Sencillamente á que me he convencido de que padecía error, juzgando á Nieves como refractaria á tu cariño.

—Pero... ¿si no has podido hablar con ella!... Si este cambio de opinión se ha operado en tí durante la breve ausencia de Nieves!..

—Tú no tienes que ahondar; á tí debe bastarte con el efecto, sin preocuparte, para nada, de la causa. ¿Te merecesconfianza mi dicho?... Pues bien; atente á él: Nieves no te rechazará cuando el manifiestes tu pensamiento. Y yo pediré á Dios, nuestro Señor, que ese amor lo santifique pronto la unión sacramental; y gozaré, con íntimo regocijo, viendo prosperar tu casa, mientras yo me consagro al decoro de la casa de Dios; y así, cuando llegue nuestra vejez, podrás tú

decir: «te he servido, Señor, creando una familia cristiana;» y yo podré cantar: «*Domine, dilexi decorem domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ.*»

No pudo reprimir el amable sacerdote un leve sollozo, al terminar este hermoso versículo; por lo que, conmovióse Peralba y enlazando su brazo al del clérigo, según iban caminando, le dijo:

—¡Cuántas gracias te doy por tu bondad!... Tú tienes un alma grande, un alma generosa: naciste para santo.

—No, Fausto: yo soy un pecador indigno, que espera perdón de la infinita misericordia de Dios.



Llegaron hasta el límite de la ciudad, por la parte Norte, y regresaron por la calle de Arriba, dirigiéndose al atrio de

la iglesia mayor, donde ya habíanse reunido algunos contertulios del párroco: entre ellos el médico don Dionisio; el alcalde, el juez de primera instancia y otros dos señores á quienes Fausto desconocía. Todos saludaron afablemente á Peralba; y el médico, dándole un manotazo en la espalda, le dijo:

—¡Hola enfermo! ¡No estará usted disgustado, amiguito: se lleva usted de Maturana la salud... y lo que Dios quiera!

—Siéntese usted con nosotros;—dijo el juez, invitando á Peralba á acompañarles.

—¡Si creo que el relente no le sienta bien!—alegó el padre Enrique.

—¡Qué relente ni qué pimientos!—exclamó el facultativo.—Que se siente: bajo mi responsabilidad.

Peralba se sentó, algo contrariado, porque no gustaba de aquella tertulia, donde solo se hablaba mal de los go-



biernos. ¡Los gobiernos! ¡La política! El tema era nauseabundo para Peralba.

Callado, como un muerto, asistió á aquellas escaramuzas verbales en que don Dionisio llevaba siempre la parte mejor, porque era un radical chillón que, en vez de razones, producía gritos para imponerse á todos, irritándose de veras, lo cual hacía desternillarse de risa al concurso.

Tenía Peralba el pensamiento en otra parte: muy cerca de allí. Después de la confidencia que le había hecho el cura, deseaba acercarse á la casa de Nieves; no para importunar á ésta con su visita, sino para rondar aquel palacio encantado, como hacían los antiguos trovadores; por si, á los pálidos reflejos de la luna menguante, alcanzaba á ver á su dama por alguna de las *ojivas*.

Al cabo de un rato, pues no quiso hacerlo de seguida, para no parecer descortés, se despidió de los amigos y marchóse.

Avanzó por la plaza adelante; dejó atrás la fuente de piedra, con su original vallado de fustes antiguos, y aproximóse tímidamente á la rinconada en que se erguía la casa de Nieves.

Cerca, en los poyos que decoraban la fachada del edificio municipal, había gran concurso de gente. Puede decirse que estaban allí todos los hombres de la ciudad, tomando el fresco: sentados en aquellos bancos de ladrillo y mezcla que, por ser del ayuntamiento, eran suyos. Todos se holgaban con la distracción favorita de los pueblos sin civilización: con el cuento y el chisme; con la murmuración que alimenta el hambre perpétua de novedad, sentida en esas poblaciones, donde la vida se concreta á un vegetar más propio de animales que de hombres.

Las conversaciones de las gentes reunidas en los poyos del municipio, se apagaron ante la presencia del señorito

forastero: el cuchicheo se hizo entonces ténue, como para ejercitarlo sin peligro de que lo oyese la persona á quien, en aquel momento, se refería.

Todo el pueblo estaba ya impuesto de los amores de Fausto y de Nieves; y todas las lenguas daban por hecho, lo que aún no pasaba de ser una dulce ilusión del catedrático y un vehemente deseo de la hermosa maturanense.

Peralba traslució, en la gran reja que decoraba el lienzo del muro, á la derecha de la puerta principal, la bella figura de la diosa. En la estancia no había luz. Una delicada cortina, recojida á ambos lados del vano, daba mayor sombra á aquella oquedad, que parecía la hornacina de una virgen. La luna, que vertía sobre la plaza la pobre luz de su menoscabado disco, era, sin embargo, suficiente á poner de manifiesto la ideal presencia de Nieves de Torres.

Fausto se acercó á la ventana, como

si un impulso secreto le llevase á ella. Intentó retroceder, juzgando, cuando ya era tarde, que su audacia podía ser contraproducente; pero la hermosa Nieves se levantó de la butaca, en que mecía y refrescaba su henchido cuerpo de diosa. Vestía Nieves una sutil bata blanca, cuyo escote dejaba ver la garganta nacarada y redonda. Sus esculturales antebrazos, libres de la manga, que solo llegaba al codo, lucían al aire, finos por la muñeca, y ensanchados armónicamente, según iba ascendiendo el contorno. Las manos pulidas y mórbidas, llenas de cintillos, ora arreglaban con instintivo cuidado de mujer el dorado cabello, ó movían el abanico donde se columpiaban los fáciles versos del poeta.

—¡Nieves!...—exclamó, con voz dulce, el catedrático.

—¡Amigo mío!...—contestó Nieves, con la mayor naturalidad.

Y estrecháronse las manos á través

de la reja; y sus corazones latieron al unísono.

—¿Cómo han regresado ustedes?...

—Bien: muy cansadas. Mamá viene algo indispuesta, de tanto calor, de tanto polvo y del mal rato...

—Lo siento en el alma.

—Se *ha echado* un poco. Yo no tenía ganas de dormir. ¡Pero estoy tan cansada!..

—Entonces .., sentiría serle molesto.

—¿Por qué?...—balbuceó la joven.

Los dos callaron, como si su respectiva cortedad necesitase tomar alientos.

—Agradezco á usted mucho la atención de que me hizo objeto, participándome su ida al campo.

—Nada tiene que agradecerme;—dijo Nieves, tomando asiento en el alféizar de la ventana.—Mamá y yo decidimos hacerlo así, para que usted no viniera y se encontrara sin nosotros. Figúrese usted, que recibimos *una razón* apremian-

te del «Tesorillo,» diciéndonos que la pobre capataza había tenido la desgracia de perder á su hija, robusta muchacha de ocho años de edad, en brevísimas horas. El capatáz estaba en Fontible: y su pobre mujer, sola y desesperada, acudía á nosotros. Mi madre y yo queremos mucho á la buena Andrea,—que así se llama la capataza,—y juzgamos de nuestro deber auxiliarla con los consuelos que eran de rigor y con los medios que necesitase. No nos gusta, ni á mi madre ni á mí, hacer estas cosas *por segunda mano*. Enviar dinero, y *algún recadito*, al que sufre, es obra que tiene su poco de egoísmo, junto á un altruismo aparente ¿verdad? Porque es, quitarse de encima el pesar de una escena triste, y es evitar el dolor que producen los lamentos de la desgracia. Quien tiene fortuna y se limita á socorrer con ella á los que lloran, más que entregar su óbolo, paga su alejamiento de la desdicha.

Y hay momentos, en que son más necesarios los consuelos y la compañía, que los socorros del dinero.

—Los espíritus altruistas llevan á cabo las obras de misericordia, completas: como usted y su madre la han llevado á cabo con esa pobre mujer.

—Esta mañana volvió su marido de Fontible. ¡Qué escena!... Partía el corazón. ¿Y quiere usted creer, amigo Fausto, que en los momentos de tregua; en los intervalos en que la tragedia tomaba descanso, me acordaba de la historia que usted había ofrecido contarme?

—¿Es posible? ..

—Sí, señor: tan posible. La curiosidad suele no dormir, ni aún con la preocupación de la desgracia que nos cerca; ni, acaso, con el beleño de la desgracia propia.

—¿Y ha podido ser tan grande su curiosidad? ¡Ay, Nieves! ¡Qué feliz soy,

viendo que algo, que procede de mí, ha podido preocuparla!

—¡Ya lo creo! ¿Y por qué nó?... Yo soy ingénua. Este defecto, ó esta virtud, la he tenido siempre. Y por haber dicho, con franqueza impropia de las costumbres actuales, lo que he sentido, me he perjudicado no poco. Pues bien, amigo Peralba: ¿por qué no he de confesarle que la historia de ese *por fin* me ha interesado vivamente? Yo esperaba de su amabilidad que habría de contármela, y sabía...; y sabía que esta noche vendría usted á cumplir su palabra.

—Y aquí estoy, Nieves; aquí estoy rendido á usted; y no solo le traigo ese relato pueril; le traigo también mi alma.

—¡Ya es traer!...—exclamó, sonriente, la hermosa.—Pero, amigo Peralba, el alma no debe cederse así, con tanta facilidad. ¡Ya le habrán dicho á usted lo avara que yo he sido de mi alma! Este



cuidado que he tenido de ver á quién se la entregaba, me ha proporcionado fama de coqueta. ¡Lo sé!

—La ligereza en el juicio, es uno de los rasgos característicos de nuestra sociedad. Mas ¿quién se preocupa de la censura acerba del mundo, cuando nos acompaña la convicción de no haber dado lugar á ella?...

—Pienso como usted. Pero... vamos á ver, *por fin*, á qué se debe que usted comenzara los versos de este abanico con esas dos palabras tan breves, pero tan insinuantes.

—Allá va la historia. «Era un día espléndido de verano...»—¡Observe usted, que esto empieza como las novelas baratas!





INUCIOSA y artísticamente relató Fausto á la encantadora Nieves todos los hechos que habían precedido á su viaje á Maturana; sin omitir el detalle más nímio, sin silenciar sus diversos estados de alma, durante la accidentada peregrinación de su pensamiento á través de un ideal.

Pintó, con todo su relieve, el estrago que produjeron á su espíritu las varias decepciones sufridas en pos de aquella finalidad, que él no veía llegar á realización.

«Yo—dijo—corría detrás de usted, primero por la simple curiosidad de conocerla; después, por imperiosa necesidad de mi espíritu, enamorado de un ser imaginario. La atracción de lo bello desconocido, me arrastraba. El elogio, que juzgué hiperbólico, de su hermosura—elogio que considero moderado y pobre, después de haberme fascinado la realidad de su belleza,—aumentaba los impulsos persecutorios que me movían en pos de usted. Y cuando, *por fin*, ví realizado mi sueño; cuando pude alcanzar á usted en su camino, comprendí, Nieves de mi alma, que usted era la mujer creada para mí; y desde entonces afirmo, que todo lo que ha de suceder está dispuesto de antemano.»

—¡Jesús!...—exclamó graciosamente Nieves, mordiéndose el labio inferior con los diminutos, blanquísimos dientes superiores.—¡Pues diga usted, amigo, que la novela del *por fin* es curiosa si las

hay!... ¡Con razón deseaba yo estas explicaciones, que han sido muy de mi gusto!

—¡Nieves!... Dígame usted la verdad: ¿acepta la *dedicatoria* de este relato novelesco?...

—¡Y cómo no aceptarla, cuando es honra inapreciable que usted se haya ocupado en mí!

—¡Ay, Nieves!... Lo oigo, y dudo. El conocimiento de la propia ventura inspira siempre desconfianza, perplejidad...

—Desconfianza pasajera, que se desvanece con la ratificación inmediata, con la prueba de que el sueño se ha convertido en realidad.

—¡Nieves, Nieves de mi alma!...

—¡Por Dios, Fausto! ¡Quién sospechara su vehemencia, juzgándole por el aspecto de impassibilidad, de calma que le es propio!

—El monte cubierto de hielo, suele tener un volcán en su entraña.

Nieves pensó, con la rapidèz y la concisión que la mente emplea en sus juicios internos, que, á través del aspecto frío de Fausto, no era fácil descubrir el fuego; pero que el fuego existía.

—Gracias á que el volcán ha explotado;—dijo, con encantadora jovialidad, la diosa;—pues de otro modo, amigo Peralba, me hubiese yo quedado en ayunas.

Sonó el reloj de la iglesia, y Nieves se asombró de que hubiesen transcurrido tantas horas, desde que Peralba llegara á la ventana.

—¡Las once!... ¡Qué atrocidad!... ¡Cómo se va el tiempo!... Amigo Fausto...: ya es hora de retirada.

—¡Qué implacable es el tiempo!

—Adios. Y... hasta mañana, ¿eh?...

—¡Nieves!... No le suplico que continúe algún más tiempo aquí, porque deseo también su descanso.

—Por eso no; porque... ya es hora,

Fausto. Para primera *pava*, no está mal; —añadió Nieves, lanzando una leve carcajada y tendiendo la diestra á Peralba, quien la estrechó efusivamente y se despidió cortés: aunando la ternura del amante con la urbanidad del caballero.



*Toledana* resultó la noche para Peralba. Cuanto hizo por conciliar el sueño fué esteril. El diálogo que había sostenido, en la reja, con la incomparable mujer que le aceptaba por futuro esposo, reproducíalo fielmente en su memoria, halagando á los sentidos y al alma con sus detalles preciosos. Por la madrugada fué cuando pudo reposar, aunque poco tiempo, el enamorado catedrático, que no sabía á qué causa atribuir

la preferencia de que Nieves le había hecho objeto.

Y muy de mañana salió Peralba y se situó en la plaza, donde el amor le atraía con su imán irresistible y secreto. Desde la fuente atisbaba la casa de Nieves, gansoso de descubrir á la belleza que su corazón adoraba. Y como si las almas se hubiesen dado misteriosa cita, Nieves experimentó en aquél propio instante el deseo de salir al balcón.

Vióla, turbado de placer, el jóven catedrático y recordó uno de sus versos; aquél que decía:

«cuando amanece, una rosa».

Y en verdad que semejaba Nieves una rosa fresca y perfumada, llena de lozanía y de color. Era excepcional la belleza de aquella mujer: flor nacida y conservada para él. Dijérase que el sol venía desde Oriente, como él había ve-



nido desde un rincón del Sur, solo por hallar á aquella diosa; solo por regocijarse contemplando su gentileza. ¡Y el sol también parecía exclamar, con su verbo de luz, al remontar por encima de las cumbres y al caer sobre el balcón dichoso de la hermosa: *¡por fin!*...

A espaldas de Nieves, en el fondo de la estancia á que correspondía el balcón abierto, observaba sonriente doña Paca, el ejercicio contemplativo de su hija y de Peralba; laborando en lo íntimo de su pensamiento, acerca de las consecuencias de aquél noviazgo.

Tambien á espaldas de Fausto, donde se situaban la iglesia mayor y su casa rectoral, presenciaba aquella muda entrevista de dos almas el padre Moreno, quien, á través de los visillos de su dormitorio, adelantaba la faz melancólica, acaso para mortificarse santamente con el doloroso espectáculo de una temida realidad.

Luego, al llegar la tarde, *coincidieron* casi todas las señoras de suposición en el deseo de visitar á Nieves. La casa de ésta puede decirse que se vió invadida por las susodichas damas, como si hubiere precedido invitación para aquél acto. Y era que todo el pueblo tenía conocimiento del acto realizado por Nieves y Fausto, al *pelar*, éstos, *la pava* por la reja; y hacíanse lenguas del cambio inesperado de la señorita de Torres y de la suerte dichosa del forastero.

Presentarse, pues, en casa de doña Paca, para ver cuál era el estado de ánimo de la madre y de la hija; para co-  
jer, acaso, *infraganti* el diálogo amoroso ó para observar el giro que habrían de dar á la conversación las interesadas, cuando se aludiese al noviazgo, fué la idea que á todos los desocupados de aquella ciudad se les vino á las mientes. Pero doña Paca y su hija recibieron á sus amistades, con la franca y espiri-

tual cortesía en ellas acostumbradas; y Peralba y Nieves, como no tenían por qué hacer ocultación de su alianza, particularizaron muchas veces la conversación y ratificaron, con ello, las noticias que los visitantes trataban de comprobar.

No faltaron ni Pepita Alcaráz ni Sofía Blanco; quienes tenían, de antes, la convicción de que aquél noviazgo se arreglaba; ni menos dejó de asistir la original doña Carlota Bellido, quien, á pesar de las dificultades con que ejercitaba los pies, recorría toda la población diariamente y visitaba con impertinente asiduidad á sus amigas.

Pero la entrada de doña Carlota en casa de Nieves, merece particular descripción, por haber constituido una agradable nota cómica. Ocurrió lo siguiente: al presentarse la de Bellido en el elegante patio, terminaban los acordes de la soberbia página musical de Schum-

man titulada *Carnaval*, obra que Sofita interpretaba con discreción. Aquella pieza de concierto, producía siempre un efecto rarísimo en Nieves, que solía escucharla con interés: sus acordes le alteraban los nervios y le hacían sentir, junto á la emoción estética, un deseo de risa y de movilidad verdaderamente peregrino.

Quando asomó por el patio doña Carlota, acudió á la memoria de Nieves cuanto Peralba le había referido, con respecto á la carta que encontrara en la playa del balneario. Recordó los encargos que en la extraviada misiva hiciera doña Carlota á su antipático sobrino Pepe; y, sin poder contener la explosión nerviosa, comenzó Nieves á reir; á reir á carcajadas.

Todas las señoras, extrañando aquél triunfo ruidoso de la alegría interna, comenzaron á preguntar á Nieves cuál era la causa de su regocijo; pero estas ins-

tancias aumentaron las ganas de reir que desahogaba Nieves. Y el fenómeno nervioso, comunicándose á los circunstantes, hizo que todos, excepto doña Carlota, rieran sin saber de qué.

La llegada del padre Enrique aplacó la tempestad de risas. El clérigo traía mala cara: violáceas las órbitas de los ojos; pálidas las mejillas.

—¿Está usted enfermo, padre?—preguntóle, impertinentemente, doña Carlota.

—¡No, gracias á Dios! Nunca he estado mejor;—contestó el padre Moreno, mientras daba la mano á diestra y siniestra. Y cuando se sentó, habló al grupo de señoras que tenía cerca:—Lo que siento es que pasado mañana me voy á Olma.

—¿Cómo?...—preguntó doña Paca—¿Á Olma, á las oposiciones?... ¿Pues no había usted desistido de ellas?...

—Sí; había desistido: quería aguar-

dar á unas de magistral; pero luego he pensado que las aspiraciones deben ser todo lo sencillas posibles en un clérigo. ¡Así y todo, ya es mucho aspirar á la lectoral de Olma! Hoy he recibido carta... en la cual me dicen que debo estar allí el jueves; De modo que pasado mañana..!

—¡Cuánto vamos á echar de menos, estos dias, á nuestro párroco!—interrumpió doña Paca.

—¡Bah!... Ahí queda el coadjutor. Y si yo obtuviera, por la gracia de Dios, esa canongía, vendría inmediatamente á Maturana un cura mejor: ganarían ustedes.

—Mejor no: mejor no: no.—Repitieron las señoras del grupo.

—Nieves:—dijo doña Paca, llamando la atención de su hija, que se hallaba algo distante, junto al *Erard*, hilando su interesante coloquio con Fausto.—Se vá el padre Enrique. ¿Has oído?

—¿Se vá?...—preguntó sencillamente la prometida de Peralba.

—A sus oposiciones.

—¿Cómo, te vas?.....—preguntó Fausto.

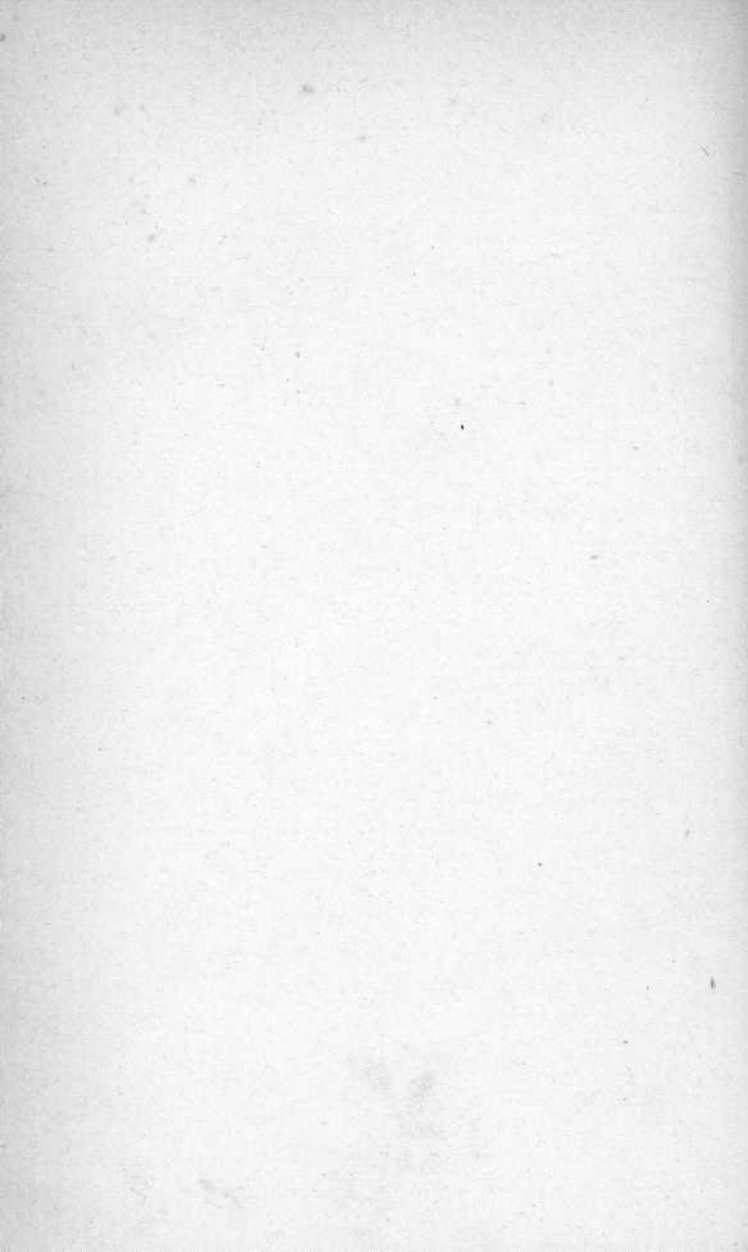
—Voy á ver si le *meto el diente* á la lectoral de Olma

—¡Ya lo creo!...—exclamó Peralba, dirigiéndose á todos los presentes.—Y no hay duda de que obtendrá esa ú otra canongía. Enrique sabe mucho. ¡Compadezco á sus contrineantes!...

—Ya lo creo; sabe mucho; ya lo creo; —repitieron casi todas las señoras.

Y con otro ratito de conversación se dió por terminada la visita, y fuéronse, unos antes y otros después.

Fausto y el padre Enrique salieron los últimos; el uno, llevando el júbilo en el rostro; el otro, manifestando el sello de una austera melancolía.





## VI



El día siguiente habló Peralba con doña Paca, al objeto de poner sello oficial á aquel compromiso de amor.

Declaró la viuda de Torres, que le era grata la elección de su hija; hizo Peralba otras declaraciones de buena crianza, y cuando emprendieron, después, los novios un nuevo diálogo, se tutearon dulcemente: lo cual quiere decir que el asunto marchaba rectilíneo.



El padre Enrique partió para Olma y venció en sus oposiciones; volviendo

luego á Maturana, á recoger sus trebejos; y ausentándose definitivamente de la villa. El alejamiento de aquellos lugares; los nobles impulsos de su voluntad, ganosa de vencer al corazón; la seducción del nuevo ambiente y las múltiples ocupaciones del prebendado, trajeron la salud del olvido al espíritu enfermo del sacerdote.

El doctor y la diosa, cada vez más enamorados, el uno del otro; ocupando entrambos sus ausencias en escribirse y en desearse amorosos; reunidos de tiempo en tiempo; pues aun cuando la distancia que les separaba no era corta y los medios de comunicación no eran fáciles, nada obstaba á que el catedrático visitase frecuentemente á la *Matura augusta*, que llaman los modernos Maturana, concertaron *por fin* sus bodas; y éstas se celebraron fastuosamente en la iglesia mayor, bendiciéndolas el famoso deán don Gaspar Arenas, que realizó un viaje con este motivo placentero.

Y el catedrático y la *diosa* fueron felices, enteramente felices; pues, dejando un excelente administrador de sus bienes en Maturana, fijaron en Madrid su residencia; y llevando á ella cada cónyuge á su madre, experimentaron todos, por largos años, la dulce alegría de vivir.



¿Verdad que es este el bello epílogo que los bien intencionados piden? ¿Verdad que, si así terminaran las novelas de la vida, sería la existencia un anticipo de la eterna bienaventuranza?

Sirva de consolador aliento, á los espíritus pesimistas, esta ficción de la intangible felicidad humana.

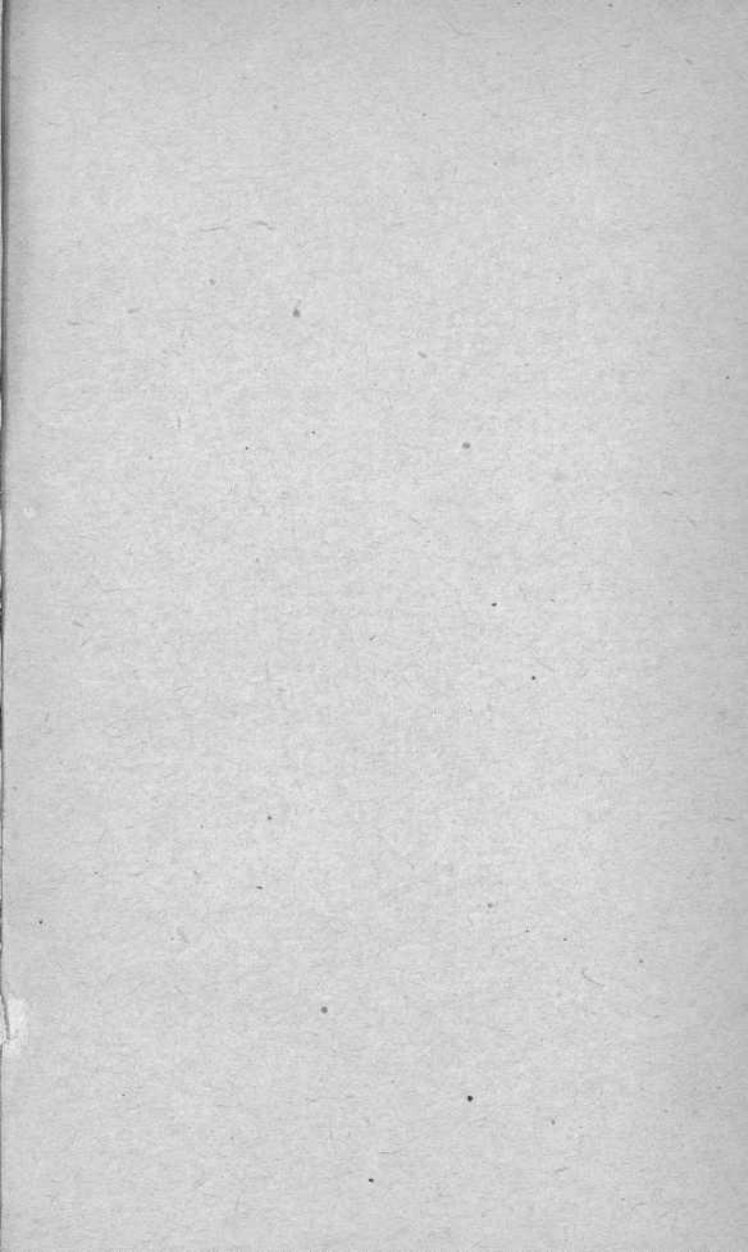


FIN DE LA NOVELA





















LA  
DIOSA

FAN  
XX  
2021